

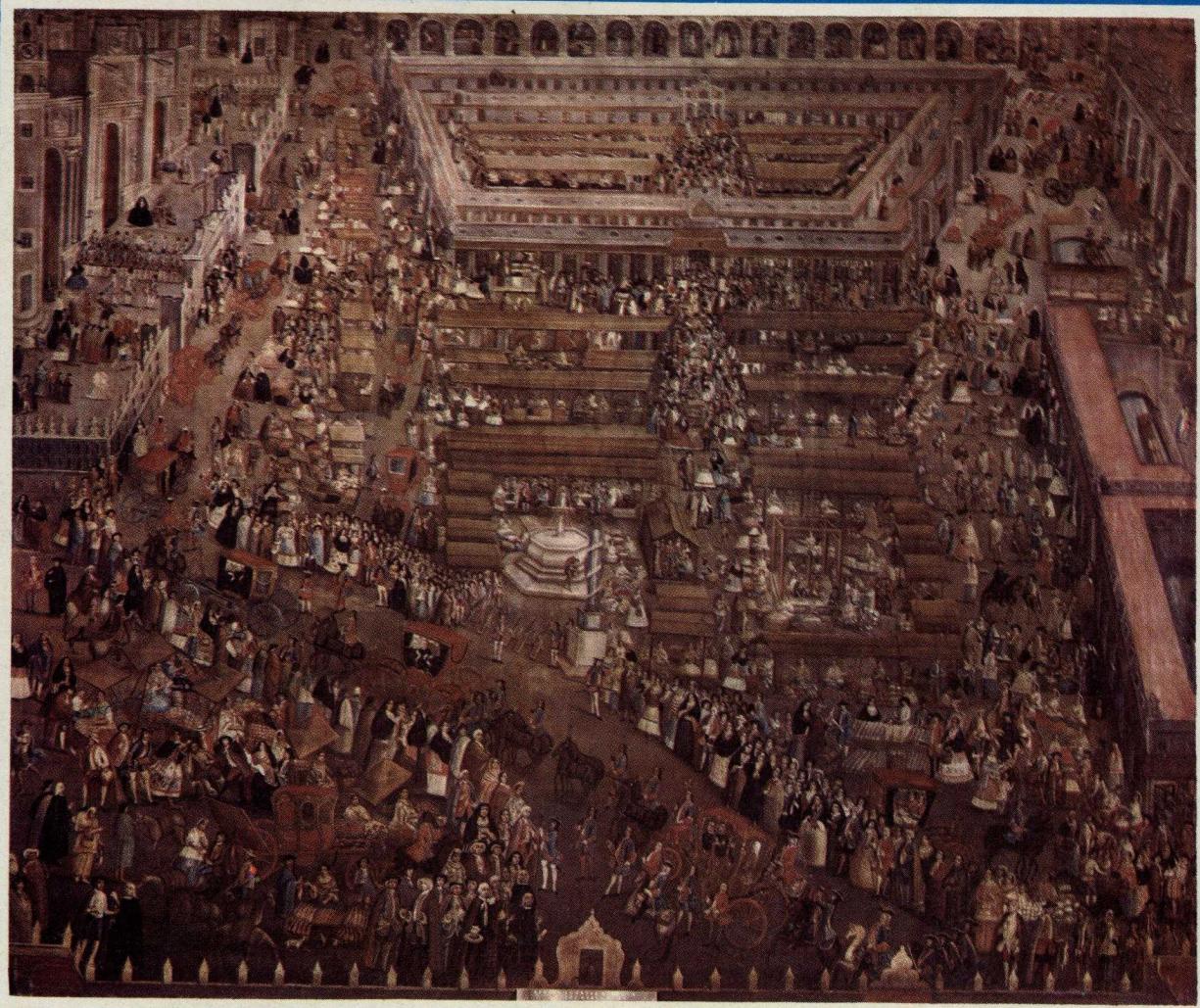
NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA

No. 242

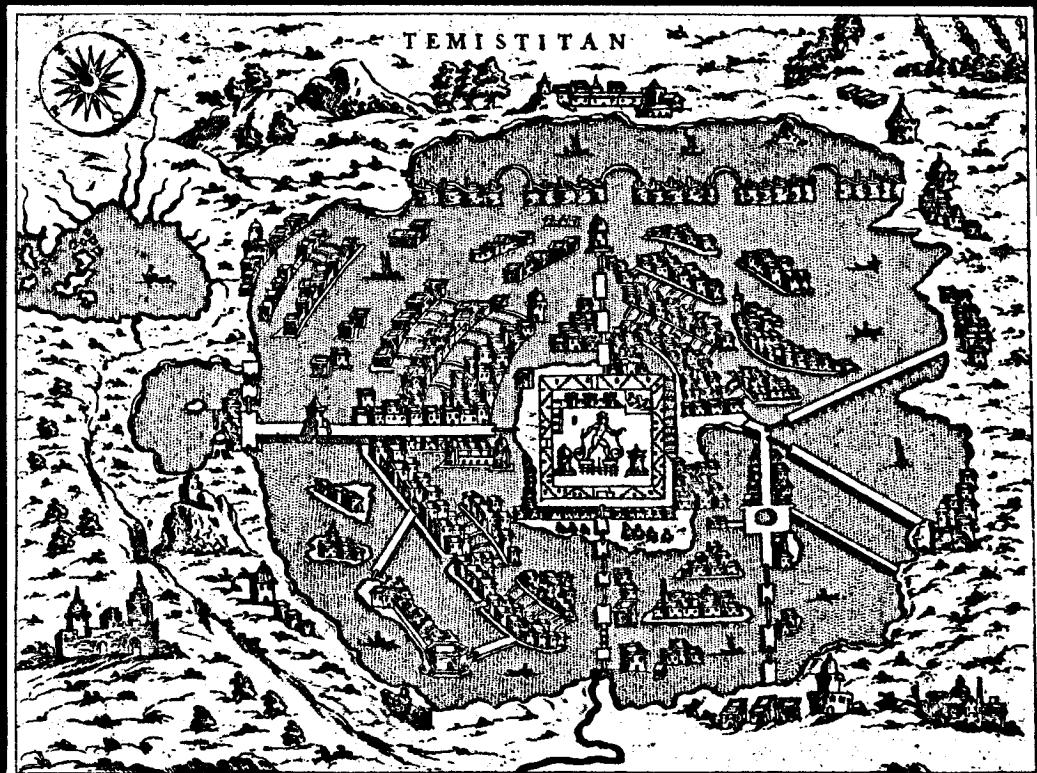
Don Ferdinand L'ordensyng i 1579 seinem
altarm. Jan 42 d'istr hat der kai
ayten
garni
Barocci d'um f'mt'hen
ach gann z'ndianen
gewinnen.



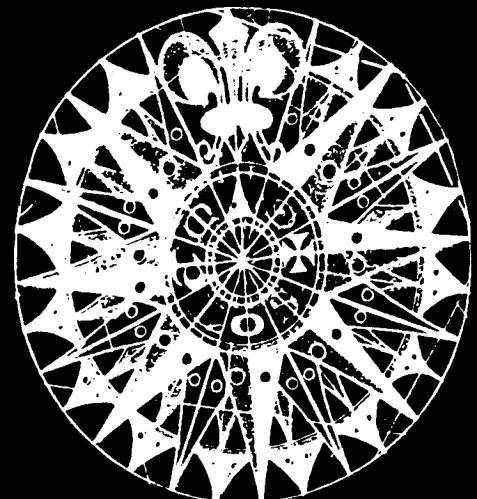




LO QUE HA DICHO
DE LA
CIUDAD DE MEXICO
LA HISTORIA



**Los negocios
no son una finalidad
en sí mismos.
Son el esfuerzo
para obtener
las bases
materiales
sobre
las cuales
los pueblos
pueden construir
una vida amplia
de ilimitados
horizontes espirituales.**



ARTICULOS MUNDET PARA EMBOTELLADORES
B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

CASA CHAPA, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

DRAGNIN, S. A.

EL PINO, S. A.

FABRICA DE JABON LA CORONA, S. A.

FABRICA DE JABON LA LUZ, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LIBRERIA UNIVERSITARIA INSURGENTES

MADERERIA LAS SELVAS, S. A.

M. ALONSO Y CIA. (MADERIA CARDENAS)

MEX PAPEL, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA

ULTRAMARINOS FINOS "CHIKY"

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
Lago Ginebra No. 47 C, México 17
D. F. Tel.: 541 15 46 Registrada
como correspondencia de 2a clase
en la Administración de Correos
No. 1 de México, D. F., el dia 14
de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

MIEMBRO DE LA CÁMARA NACIONAL
DE LA INDUSTRIA EDITORIAL.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal, L.A.E.

ASESORES CULTURALES

Leopoldo de Samaniego

Miguel Malo Zozoya,

COORDINACION

Daniel García Caballero

JEFE DE REDACCION

Jorge Silva Izazaga

SECCION POETICA

Juan Cervera

COLABORADORES: Víctor Maicas, Emilio Marín Pérez, Albino Suárez, Braulio Sánchez Saez, Joaquím Moctezuma de Carvalho, Manuel T. de Samaniego, Berenice Garmendia, Juan López, Ernesto Lehfeld Miller, y Cuauhtémoc Reséndiz N.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadrada en los talleres
de IMPRESOS REFORMA, S. A., Dr.
Andrade 42 Tels. 578-81-85 578-67-48
México 7, D. F.

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA

No 242

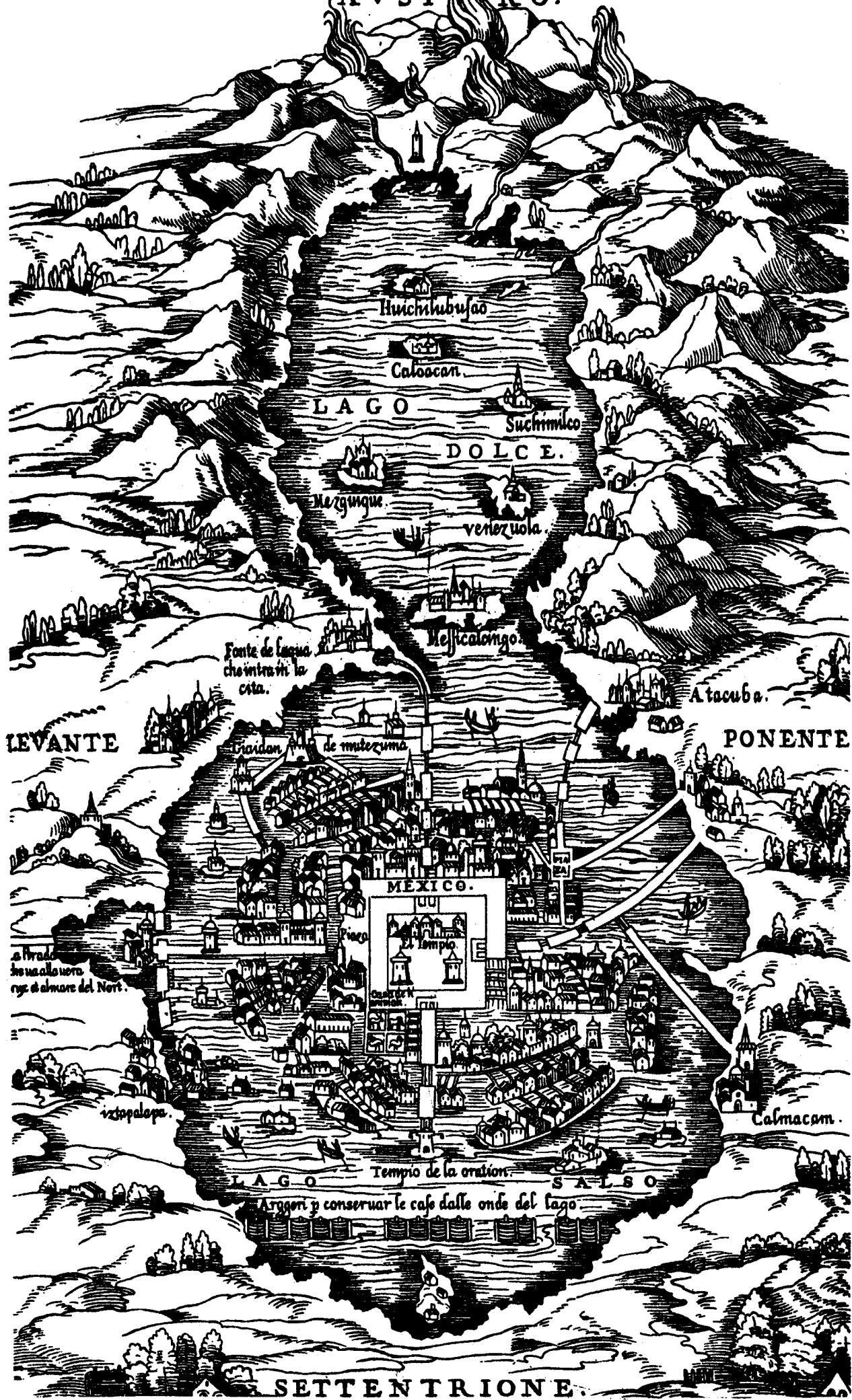
SUMARIO

EDITORIAL	5
PEDRO MARTIR DE ANGLERIA (PRIMER CRONISTA DE INDIAS)	6
RODRIGO DE ALBORNOZ	8
EL CONQUISTADOR ANONIMO	10
ALONSO DE AGUILAR (CONQUISTADOR)	13
BERNARDINO VASQUEZ DE TAPIA (CONQUISTADOR)	16
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA	17
FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR	18
PAULO JOVIO	22
SIGÜENZA Y GONGORA	25
CLAVIJERO	28
HUMBOLDT	29
LA MARQUESA CALDERON DE LA BARCA	33
PREScott	34
ALAMAN	36
OROZCO Y BERRA	37
PEREYRA	39
ARBOL GENEALOGICO DE HERNAN CORTES DE MONROY	40
REVELADOR HALLAZGO EN LA HERALDICA CORTESIANA. Miguel J. Malo Zozaya	43
GRANDEZA MEXICANA. Bernardo de Balbuena	45
EL RETRATO ORIGINAL DE HERNAN CORTES Y UN COMENTARIO SOBRE SUS CABALLOS..	48
Fredo Arias de la Canal	60
LOS RESTOS DE HERNAN CORTES. Francisco de la Maza	60
HERNAN CORTES Y EL LIBRO DE TRAJES DE CHRISTOPH WEIDITZ. Frans Blom	65
LA VERDADERA FUNDACION DE MEJICO. Salvador de Madariaga	68

Precio del ejemplar en la
República Mexicana: \$ 5.00

Suscripción anual para
el extranjero: 5 Dls.

AVST. R. O.



LA CIUDAD DE MEXICO

Reconstruida hace cuatro siglos y medio sobre las ruinas de la heroica Tenochtitlan, se yergue majestuosa la que fue capital del reino español más vasto de América, y que orgullosa sigue siéndolo del México independiente.

Timistitan la llamó Cortés en su segunda relación a Carlos V desde Segura de la Frontera y Culua a la provincia en donde estaba situada, mas nos aclara el Fundador:

*Antes que comyense a rrelatar las cosas defta grande cibdad
y las otras que en este otro Capítulo dixe me parecen para que
mejor se pueda entender que se debe dezir la manera de mesyco que es donde efta
cibdad y algunas de las otras que he fecho rrelación eftan fundadas y donde efta el señorio prencipal
dese mutecuma.*

(Antes que comyense a rrelatar las cosas defta grande cibdad y las otras que en este otro Capítulo dixe me parecen para que mejor se puedan entender que se debe dezir la manera de mesyco que es donde efta cibdad y algunas de las otras que he fecho rrelación eftan fundadas y donde efta el señorio prencipal dese mutecuma.)

En el poder que, el 6 de agosto de 1520, le otorga a Ochoa de Lexalde por vez primera denominó Cortés oficialmente a estas tierras *La Nueva España del Mar Océano*, un mes y días después de haber escapado de Tenustitan aquella memorable madrugada del primero de julio, mejor conocida por la Noche Triste, que más bien fue venturosa por haber salido con vida de tan difícil trance la flor de los capitanes castellanos como fueron Sandoval, Alvarado, Olid, Ordaz, Avila y Lugo.

Heroicamente se defendieron Tenustitan y sus aliadas durante el sitio de setenta y cinco días que culminó con la captura del Uei-Tlatoani que dio paso el 13 de agosto de 1521 a la fundación de la nueva capital de esta nación que al lograr su independencia adoptó su nombre y en cuya reconstrucción mucho tuvo que ver el rey azteca.

Tal vez nunca pensó Cortés que con el tiempo quedarían comprendidas dentro de la misma urbe Co-yohuacan, Tlacopan, Azcapotzalco, Tlatelolco y Xochimilco, sin embargo, Cortés reafirmó un nombre americano, no sólo por la influencia que ejercía la capital sobre todo el Imperio, sino por la conquista que el país estaba efectuando sobre su persona.

La imagen de Cortés como nos dice el padre del liberalismo mexicano José María Luis Mora: "...está tan íntimamente enlazada con el nombre de México, que mientras este subsista no podrá perecer aquella". He aquí la poderosa razón para que los enemigos de México denosten la figura de nuestro Fundador, puesto que lo que evidentemente persiguen es la destrucción de nuestros valores, la desintegración de nuestras instituciones, la abolición de nuestros derechos, la degeneración de nuestras costumbres, la anulación de nuestro progreso, y en fin, la pérdida de nuestra soberanía, de nuestra independencia, de nuestra libertad.

Reflexionemos los mexicanos y veremos que no podremos encontrar nuestro auténtico ser como ibero-americanos hasta que no revaloricemos la imagen de aquel hombre que al descubrir, conquistar y colonizar estas tierras, amalgamó su sangre y su cultura con la americana para formar un pueblo que ha sido y será siempre digno ejemplo de nobleza e hidalguía y miembro destacado de la fraternidad hispánica en el mundo.

El Director

FORO DE NORTE

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

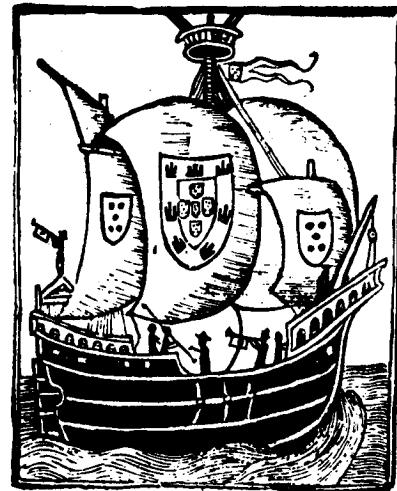
(Primer Cronista de Indias)

Del mismo modo que cortándole a la hidra la cabeza se le septuplican, así a mí, cuando termino una narración, se me vienen otras muchas a los puntos de la pluma. Creía haber cerrado definitivamente la puerta a los asuntos de Tenustitán, cuando el advenimiento de un nuevo emisario me obliga a abrirla otra vez.

En una de las dos naves que traían los regalos desde las Casitírides ha llegado un secretario de Cortés, llamado Juan de Ribera; la otra nave, por temor a los piratas franceses, se ha quedado con el tesoro en espera de las enviadas en su ayuda; ese tesoro lo constituyen, además del quinto perteneciente al fisco real, la parte que Cortés entrega voluntariamente de las riquezas adquiridas con su esfuerzo, y la remitida por sus principales compañeros de armas. Juan de Ribera trae el encargo de ofrecer al Emperador, en nombre de Cortés, los presentes por éste seleccionados. Las otras dos personas que, según arriba dijimos, se habían quedado en las Casitírides con la nave, están comisionadas para hacer otro tanto en nombre de los demás donantes.

Conoce Ribera muy bien la lengua tenustitana y ha estado durante la guerra entera al lado de su amo, interviniendo en todo. Envíole Cortés muchos días después de la partida de sus compañeros, en razón de lo cual puede darnos noticias más claras acerca de todos los sucesos.

Habiéndole preguntado primero acerca del origen y etimología del nombre de Tenustitán, y luego sobre su ruina, estado presente, fuerzas con que Cortés sostiene la situación y otras cosas semejantes, respondió que la ciudad está en medio de una laguna salada, sobre un escollo que allí había, como ocurrió, según leemos, con la ilustrísima de Venecia, edificada, asimismo, sobre una prominencia que en aquella parte del Adriático pareció a propósito para defenderse de las incursiones enemigas. El nombre está formado de tres vocablos reunidos. Llaman "ten" lo que se tiene por divino; "nucil" al fruto y "titán" a lo que está en el agua; de modo que Tenustitán equivale a "fruto divino puesto



en el agua". En efecto, sobre el citado escollo encontraron un árbol nativo, cargado de una fruta delicada y muy a propósito para comer, mayor que nuestras manzanas, la cual proporcionó el deseado alimento a los primeros que la hallaron; por eso, en prueba de gratitud, llevan tejidos en sus enseñas ese árbol, que se parece a la morera, aunque tiene las hojas mucho más verdes. También los tlascaltecas tienen en las suyas dos manos juntas amasando unas tortas, ya que se glorían de poseer campos más ricos en cereales que los restantes comarcanos. De esta circunstancia provino el nombre de su ciudad, que significa "señora del pan", pues en su lengua la "comida de pan" se llama "tescal" y "teca" quiere decir "señora".

Otro tanto ocurre con los montecillos que los nuestros nombran volcanes; me refiero a los que vomitan humo. En los pendones de guerra llevan representado un monte humeante, al que llaman Popocatepech, dado que "popoca" es "humo" y "tepech" monte". A escasa distancia de éste, por el oriente, se halla otro, cubierto todo el año de nieves y varios más también nevados a causa de su altura. Otro monte, repleto de conejos, se denomina Cachutepec, o sea "monte de los conejos", porque "cachu" es el apelativo de este animal. La casa de la religión es "teucale", de "teu", "Dios", y "cale", "casa". Como se ve definen sus cosas por los efectos. Alguna vez trataremos de este asunto con mayor atención.

Respecto a la ruina, dijo que la ciudad había sido en su mayor parte arrasada, ya por el hierro ya por el fuego, y que de los principales pocos habían sobrevivido; también reveló que están reedificando con arte maravilloso cuantos pasos o calles escaparon a los fúrioso combates, sobre todo los palacios regios, de los cuales el principal, donde vivía Moctezuma, es tan grande, al decir de todos, que nadie podría, sin un guía nacido y criado en él, encontrar la salida, como se lee de las revueltas del fabuloso laberinto de Minos. Cortés piensa establecer allí su residencia y por eso cuida de que se la repare lo primero. De las casas de placer,

donde según dijimos, estaban encerrados varios géneros de cuadrúpedos, fieras y diferentes aves, nos ha informado que están edificadas con amenos jardines dentro de la ciudad, sobre el agua misma, y no en la tierra firme, como otros habían dicho. Asimismo ha hecho referencia a los alardos quejumbrosos de los leones, tigres, osos y lobos cuando se quemaban con las mismas casas, y del lastimoso pillaje de todo aquello. Mucho se tardará en reconstruir las aludidas casas, que eran todas de piedra desde sus cimientos, rodeadas de pinos y edificadas a manera de fortines. Las del pueblo, empero, se alzaban sobre una base de piedra de la altura del cinto de un hombre, como defensa contra las crecidas de la laguna a causa del flujo o de los aluviones del río que en ella desembocan. Sobre estos grandes cimientos construían el resto de la fábrica con ladrillos, ya cocidos, ya desecados al sol en verano, entremezclando vigas. Todas las casas tienen un solo piso. El suelo lo utilizaban poco para habitación, a causa de la humedad, y cubrían los techos, no con tejas, sino con una especie de betún téreo, sistema más cómodo para recibir el sol, si bien es de suponer que se estropea más pronto.

Digamos ahora cómo acarreaban los grandes maderos y vigas, necesarios para la construcción de sus casas. Las laderas de aquellos montes están llenas de cedros, de que los romanos refinados, cuando al depoñer la templanza se pasaron al lujo, fabricaban sus mesas y el armazón de sus camas, porque la madera de dichos árboles preserva eternamente de polillas y carcomas cuanto con ella se construye, y sus tablas están naturalmente matizadas de variados colores. En los mismos bosques existen pinares mezclados con los cedros. Con sus hachas de latón y sus azuelas ingeniosamente preparadas, tumban y desbastan los árboles, suprimiéndole todas las astillas para poder más fácilmente arrastrarlos. No les faltan hierbas con las que, a modo de esparto o cáñamo, tejen cuerdas, sogas y maromas; horadando la viga en uno de sus extremos, introducen por el agujero una cuerda, de la que tiran siervos como yunta de bueyes, y poniéndole finalmente debajo, a manera de ruedas, unos troncos redondos, arrastran la

RODRIGO DE ALBORNOZ

(1524)

mole cuesta arriba o cuesta abajo, con el esfuerzo de las cervices esclavas y bajo la dirección de los carpinteros. De igual manera se procuran los demás materiales de construcción y otras cosas necesarias a los usos humanos, dado que carecen de bueyes, asnos y otros animales de carga.

De las vigas se refieren cosas increíbles y que no me atrevería yo a estampar, a no ser porque muchos sujetos de autoridad declararon ante nosotros en el Consejo, y a persuasión nuestra, que tuvieron oportunidad de medir varias y de contemplar en Tezcuco una que soportaba casi todo el palacio, tenía ciento veinte pies de larga, y labrada en forma octogonal, era más gruesa que un buey grande. De estas circunstancias, por nadie contradichas, puede inferirse cuánta es la habilidad de tales gentes.

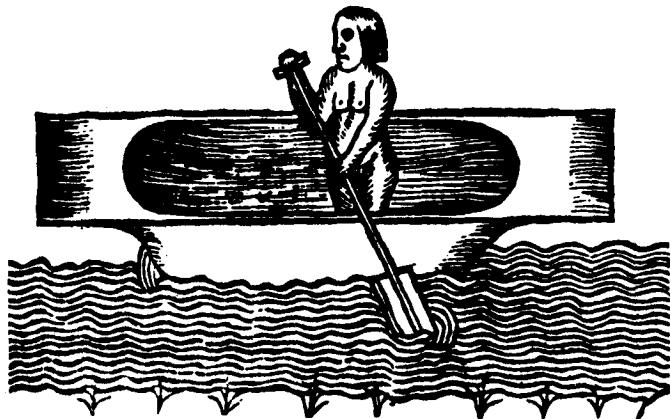
Respecto a la moneda llamada cacao y a las fuerzas con que Cortés sostiene un imperio de tanta vasteridad, hanos dicho que aquélla no se ha cambiado, ni conviene que se mude. Los recursos de su capitán consisten en cincuenta máquinas de guerra, doscientos jinetes, y mil trescientos infantes, de los cuales quiere tener dispuestos doscientos cincuenta para tripular los 13 bergantines que a las órdenes de un capitán, ya designado, recorran día y noche la laguna. De los restantes se sirve para reconocer nuevas tierras, y así lo han efectuado ya con la mayor parte de los montes que median entre la llanura de Tenustitán y el sur, habiéndolos encontrado muy extendidos de oriente a occidente. Dicen, en efecto, los que realizaron la expedición, haber recorrido quinientas leguas y hallado indígenas poseedores de provisiones, amables y con excelentes ciudades. El sobredicho Ribera ha traído, procedentes de aquellos montes y de los varios ríos que surcan los campos tenustitanos muchas muestras de oro, tamañas como lentejas o guisantes, y diversas perlas de la región austral, pero encontradas en poder de Moctezuma y de sus refinados próceres, o recogidas a otros enemigos como botín de guerra.

Tomado de: *Décadas del Nuevo Mundo*
Tomo II. Quinta Década. Libro X (1521-1523)

A muchos de los que en la perpetuidad desta tierra hablan, muy católico señor, les parece que esta ciudad se debía mudar de este sitio donde está dentro de esta laguna, y pasarla a tierra firme, dos leguas de aquí, junto á esta misma laguna, que es un lugar que se llama Cuyoacan, ó en Tezcuco, que también está junto al agua y en tierra firme; y por ventura parecerá á V. M. que en una cosa grande como es mudar una ciudad sería necesario, como en la verdad es, mejor y mas prudente juicio que el mio; pero porque vistas V. M. las causas del provecho y daño de estar aquí la ciudad, pueda con su muy alto Consejo determinar y hacer lo que mas para lo futuro sea su servicio, diré lo que en este caso se me ofrece.

Hay, Cesárea Majestad, para que esta ciudad no se mudase, que están en ella edificadas casi ciento y cincuenta casas de Españoles y muchas de los Indios que en ella de otra parte viven; y que decir allá en España ó en cualquier parte del mundo, que esta ciudad está puesta en una laguna como Venecia, parece cosa insigne y muy noble.

Y para esto, muy católico señor, hay muchos inconvenientes: lo uno que el día que se concertaren los Indios de alzarse, repartirian que diesen sobre cada casa principal cuatro ó cinco mil Indios, y lo primero que harian seria entrarse á las caballerizas á matar los caballos, y juntamente poner fuego á las casas para que no pudiésemos socorrer unos á otros, y otros abrir las calles y calzadas de agua, como acostumbran luego á hacer, para que los cristianos no se puedan aprovechar de los caballos, que saben es la mayor fuerza que tenemos contra ellos, de los cuales no nos podríamos los cristianos servir, abriendo las dichas calles y calzadas, porque de la misma manera fue cuando al gobernador Cortés desbarataron y mataron mucha gente, hasta que le fué forzado dejar la ciudad, y lo mejor que pudo con los que le quedaron, acogerse de noche por unas montañas por el camino de Tascaltecle (Tlascalca), y por ventura si los Indios estuvieran tan diestros é instruidos en los ardides de guerra de los cristianos como agora, antes que llegaran á Tascaltecle



no quedara hombre dellos, y tambien fué á una sazon que los desta ciudad estaban enemigos con los otros, lo que ya no están, porque ni á unos ni á otros no les contenta estar sujetos de los cristianos, y es de creer que cada y cuando vean tiempo lo procurarán; y no hagan entender á V. M. que sola la diligencia y fuerza de cristianos ha bastado para sustentar la tierra contra tanta multitud de gente, sino que Nuestro Señor é la buena dicha de V. M. la conserva y sustenta para que no se pierda la fe católica que aquí está plantada y de cada dia se va aumentando; con lo cual es necesario V. M. en lo que á él toca mande proveer esto se conserve en lo por venir.

Y pasándose á Cuyoacan ó Tezcoco el asiento desta ciudad en tierra firme y junto al agua, demás de ser las casas acá de piedra y fuertes, bien trazadas conforme á esta, con una cerca de cal y canto, puesto que toda la tierra se alzase, teniendo los cristianos tiempo para se armar y ponerse á caballo y sacar gente de ballesteros, que es lo que mas les desbarata, saliendo á ellos por tierra firme los desbaratarán siempre con ayuda de Nuestro Señor y la buena dicha de V. M.; porque estando la ciudad en tierra firme y la una parte que llegue á la lengua del agua, como está el sitio muy excelente en cualquiera de las dos partes, con una fuerza allá donde estén los bergantines como en las atarazanas, para correr cuando fuese menester la laguna, aunque viniesen diez mil canoas no pasarian; y así cercada la ciudad, con cuatro o seis hombres que vela sen en tiempo de sospecha por la cerca cada noche, estaria la ciudad tan segura como en Valladolid; y es perpetuar la tierra que estuviese segura para siempre de nunca perderse.

Y demás de la seguridad de los cristianos y guarda de toda la tierra, los bastimentos de esta ciudad serian mas barato, porque como se traen de lejos vale todo en subido precio, como leña, y yerba, y agua, y aves, que es la mayor parte de bastimentos; y lo que mas dañoso es, como esta ciudad está sobre agua salada y la tierra de las calles es salitral, porque della hacen

los Indios la sal, á los caballos en quien los cristianos tienen la principal fuerza, dentro de cuatro ó cinco meses que están en esta ciudad les salen cuartos y se mancan luego, que no es provecho dellos, ni bastan los remedios que para ello se han buscado de hacer las caballerizas el suelo de madera como en Flandes, ni otras muchas defensas que para ello se han hecho.

Y parecerá á V. M. y á su muy alto Consejo que el pasar lo que está hecho desta ciudad y hacer otra de principio seria dificultoso ó que se expenderá mucho tiempo en ello: acá segund la disposicion de lo uno y de lo otro lo tienen por bien factible, porque demás que todos los Españoles desean pasarse á una destas dos partes, porque ya estuvieron allí cuando vinieron á la tierra, y **contra voluntad de todos hizo el gobernador Hernando Cortés que se pasasen aquí**, dicen los Indios y cristianos que en medio año pasarán las casas que aquí tienen hechas; y como ya la piedra dellas está labrada y la pongan junta, tornarán á hacerlas en otro medio año, porque como tienen canoas y mucho aparejo y gente, cada uno con sus Indios y repartimiento pasaria presto su casa; y tienen todos los cristianos tanto deseo de se pasar de aquí por la seguridad y descanso que de ello ven que se les seguirá, que lo harian mas presto que parece.

Y porque esta ciudad está bien trazada, y á ninguno de los que tienen en buen lugar sus casas se les hice se daño ni agravio, podria V. M. mandar que esta misma traza se llevase en el otro asiento, y á cada uno se señalase su casa en el mismo lugar y de la propia manera que la tiene aquí.

Y aunque creo, como es razón, que V. M. en esto querrá y será servido para una cosa que importa como esta, de informarse dello y mandar tomar parecer de quien mas sepa, para que con mas maduro consejo y parecer se haga lo que cumple á su servicio y á la perpetuidad y conservación desta tierra y bien de los que á ella vienen y están, parecióme dar aviso dello á V. M., para que antes que el gobernador y audiencia

EL CONQUISTADOR ANONIMO

que V. M. hubiere aquí de enviar, como es necesario, vengan, luego lo mande con ellos platicar é comunicar, para que si hallaren cumple á su servicio é bien é seguridad de la tierra é cristianos della, se haga como convenga al servicio de V. M., y si no se esté como está; y habiéndose de estar así seria muy necesario hacer una cerca que acá hemos platicado muchas veces que es necesaria y no se ha hecho; que los Indios, pues hay materiales cerca, dicen la harán en medio año; aunque mudarla de aquí seria lo mas perpetuo y seguro para lo que cumple al servicio de V. M.

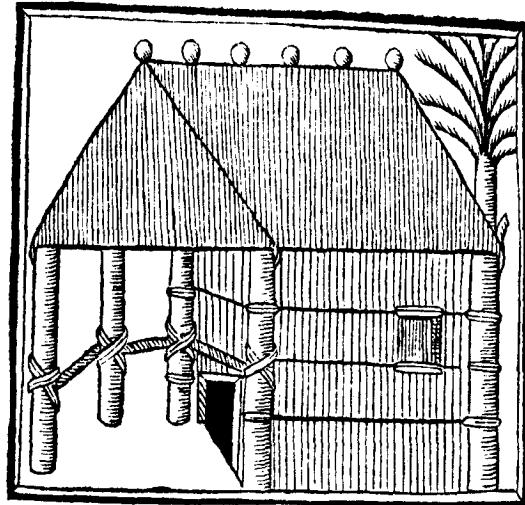
De la gran ciudad de Temistitán México

La gran ciudad de Temistitán México está edificada en la parte salada del lago, no enteramente en medio, sino como a un cuarto de legua de la orilla, por la parte más cercana. Puede tener esta ciudad de Temistitán más de dos leguas y media, o acaso tres, de circunferencia, poco más o menos. La mayor parte de los que la han visto juzgan que tiene sesenta mil habitantes, antes más que menos. Se entra a ella por tres calzadas altas, de piedra y tierra, siendo el ancho de cada una de treinta pasos o más; una de ellas corre por más de dos leguas de agua hasta llegar a la ciudad, y la otra por legua y media. Estas dos calzadas atraviesan el lago y entran a lo poblado, en cuyo centro vienen a reunirse, de modo que en realidad son una sola. La otra corre como un cuarto de legua, de la tierra firme a la ciudad, y por ella viene de tres cuartos de legua de distancia, un caño o arroyo de agua dulce y muy buena. El golpe de agua es más grueso que el cuerpo de un hombre, y llega hasta el centro de la población: de ella beben todos los vecinos. Nace al pie de un cerro, donde forma una fuente grande, de la cual la trajeron a la ciudad.

De las calles

La gran ciudad de Temistitán México, tenía y tiene muchas calles hermosas y anchas; bien que entre ellas hay dos o tres principales. Todas las demás eran la mitad de tierra dura como enladrillado y la otra mitad de agua, de manera que salen por la parte de tierra y por la parte de agua en sus banquetas y canoas, que son de un madero socavado, aunque hay algunas tan grandes que caben dentro cómodamente hasta cinco personas. Los habitantes salen a pasear, unos por agua en estas barcas y otros por tierra, y van en conversación. Hay además otras calles principales todas de agua, que no sirven más que para transitar en barcas y canoas, según es usanza como queda dicho, pues sin estas embarcaciones no podrían entrar a sus casas ni salir de ellas. Y de esta manera son todos los demás pueblos que hemos dicho estar en este lago en la parte de agua dulce.

Fragmento tomado de:
Colección de Documentos para la Historia de México.
Joaquín García Icazbalceta. 1858 (Porrúa 1971)



Las plazas y mercados

Hay en la ciudad de Temistitán México muy grandes y hermosas plazas, donde se venden todas las cosas que aquellos naturales usan, y especialmente la plaza mayor que ellos llaman el Tutelula (Tlatelolco), que puede ser tan grande como tres veces la plaza de Salamanca. Todo alrededor tiene portales, y en ella se reúnen todos los días veinte o veinticinco mil personas a comprar y vender; pero el día de mercado, que es cada cinco días, se juntan cuarenta o cincuenta mil. Hay mucho orden, tanto en estar cada mercancía en su lugar aparte, como en el vender; porque de un lado de la plaza están los que venden el oro, y en otro, junto a éstos, los que venden piedras de diversas clases montadas en oro figurando varios pájaros y animales. En otro lado se venden cuentas y espejos; en otro plumas y penachos de todos colores para adornar las ropas que usan en la guerra y en sus fiestas: más adelante labran piedras para navajas y espadas, que es cosa maravillosa de ver y de que por acá no se tiene idea; y con ellas hacen espadas y rodelas. Por una parte venden mantas y vestidos de varias clases para hombres; y por otra vestidos de mujer. En otro lugar se vende el calzado, en otro cueros curtidos de ciervos y otros animales, y aderezos para la cabeza hechos de cabello, que usan todas las indias. Aquí se vende el algodón, allá el grano con que se alimentan; más adelante pan de diversas suertes; en seguida pasteles, luego gallinas, pollos y huevos. Cerca de allí liebres, conejos, ciervos, codornices, gansos y patos. Luego se llega a un lugar donde se vende vino de diversas clases, y a otro en que se encuentra toda suerte de verduras. En esta calle se expende la pimienta; en aquella las raíces y yerbas medicinales, que son infinitas las que estos naturales conocen; en otra diversas frutas; en la de más allá madera para las casas, y allá junto la cal, y enseguida la piedra; en suma, cada cosa está aparte y por su orden. Además de esta plaza grande hay otras, y mercados en que se venden comestibles, en diversas partes de la ciudad.

De los templos y mezquitas que tenían

Solía haber en esta gran ciudad muy grandes mezquitas o templos en que honraban y ofrecían sacrificios a sus ídolos; pero la mezquita mayor era cosa maravillosa de ver, pues era tan grande como una ciudad. Estaba rodeada de una cerca alta de cal y canto, y tenía cuatro puertas principales: encima de cada una de ellas había unos aposentos, como fortaleza, llenos todos de diversas clases de armas de las que usan en sus guerras. Su señor principal de este gran templo era Montezuma y él las tenía aquí guardadas para lo que diré; y tenía además una guarnición de diez mil hombres de guerra, todos escogidos por valientes, quienes guardaban y acompañaban su persona. Cuando había algún motín o rebelión en la ciudad o en los alrededores, salían éstos, o una parte de ellos por delante; y si acaso se necesitaba más gente, pronto se juntaba en la ciudad y su término. Antes de partir iban todos a la mezquita mayor, y en ella se armaban con estas armas que estaban encima de las puertas; luego ofrecían un sacrificio a sus ídolos, y recibida su bendición, se partían para la guerra. Había en el recinto del templo mayor grandes aposentos y salas de diversas maneras, y en algunas podían caber sin estorbo mil personas. Dentro de este recinto se contaban más de veinte torres, que eran de la manera que dejo referida, aunque entre las demás había una mayor, más larga, ancha y alta, por ser el aposento del ídolo principal, a quien todos tenían mayor devoción. En lo alto de la torre tenían sus dioses, y los miraban con gran veneración: en los demás aposentos y salas se alojaban y vivían los sacerdotes que servían en el templo, y en otras estancias los sacrificadores. En las mezquitas de otras ciudades cantan de noche como si rezasen maitines, y lo mismo hacen a muchas horas del día, dividiéndose en dos coros, unos a un lado y otros al otro, y van por su orden, entonando unos los himnos y respondiendo los otros, como si rezasen vísperas o completas. Dentro de esta mezquita tenían fuentes y lavaderos para el servicio de ella.

De las habitaciones

Había y hay todavía en esta ciudad muy hermosas y muy buenas casas de señores, tan grandes y con tantas estancias, aposentos y jardines, arriba y abajo, que era cosa maravillosa de ver. Yo entré más de cuatro veces en una casa del señor principal, sin más fin que el de verla, y siempre andaba yo tanto que me cansaba, de modo que nunca llegué a verla toda. Era costumbre que a la entrada de todas las casas de los señores hubiese grandísimas salas y estancias alrededor de un gran patio; pero allí había una sala tan grande, que cabían en ella con toda comodidad más de tres mil personas. Y era tanta su extensión, que en el piso de arriba había un terrado donde treinta hombres a caballo pudieran correr cañas como en una plaza.

Esta gran ciudad de Temistitán es algo más larga que ancha, y en el medio de ella, donde estaban la mezquita mayor y las casas del señor (Montezuma), se edificó el barrio y fortaleza de los Españoles, tan bien ordenado y de tan hermosas plazas y calles como cualquiera otra ciudad del mundo. Las calles son anchas y extensas, formadas con hermosas y magníficas casas de mezcla y ladrillo, todas de la misma altura, salvo algunas que tienen torres; y por esta igualdad parecen mucho mejor que las demás. **Se cuentan en este barrio o ciudadela de los Españoles más de cuatrocientas casas principales, que ninguna ciudad de España las tiene por tan gran trecho mejores ni más grandes;** y todas son casas fuertes, por ser labradas de cal y canto. Hay dos grandes plazas, y la principal tiene muy lindos portales todo alrededor; **se ha hecho una iglesia mayor en la plaza grande, y es muy buena.** Hay convento de San Francisco, que es edificio bastante hermoso, y otro de Santo Domingo, una de las más grandes, sólidas y buenas fábricas que pueda haber en España. En estos monasterios viven frailes de ajustada vida, grandes letrados y predicadores; hay un buen hospital y otras ermitas. Las casas de los indios quedan alrededor de este castillo, cuartel o ciudadela de los Españoles, de modo

que están cercados por todas partes. En el barrio de los Indios **hay más de treinta iglesias** donde los naturales y vecinos de la ciudad oyen misa y son instruidos en las cosas de nuestra santa fe. La gente de esta ciudad y su comarca es muy hábil para cualquier cosa, y la de más ingenio e industria que existe en el mundo. Hay entre ellos maestros de toda suerte de oficios, y para hacer cualquier cosa no necesitan más que verla hacer una vez a otro. **No hay gente entre todas las del mundo, que menos estime las mujeres,** pues no les comunicarían nunca lo que hacen, aunque conocieran que de ello les había de resultar ventaja. Tienen muchas mujeres como los Moros: pero una es la principal y la ama; y los hijos que tienen de ésta heredan lo que ellos poseen.

Tomado de: **El Conquistador Anónimo**
Editorial América. México 1941.

ALONSO DE AGUILAR

(Conquistador)

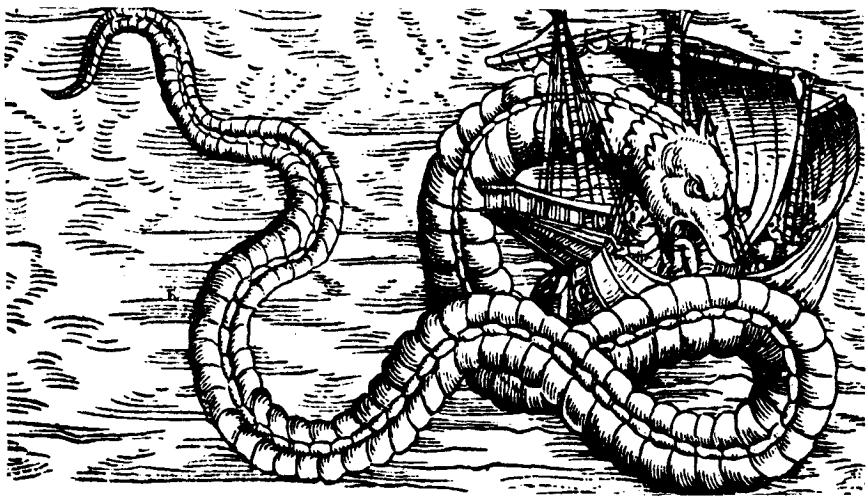


Partido el Capitán Hernando Cortés con su gente, deseoso de verse en aquella gran Ciudad con Moctezuma, dióse mucha prisa a andar, y yendo por su camino encontró con embajadores del dicho Moctezuma, que le dijeron que venían a guiarle y mostrarle el camino, e irse con ellos. El Capitán les recibió con buen talante y llevolos consigo, y caminando una jornada, los señores de Tlaxcala le tornaron a avisar, porque los embajadores le llevaban y guiaban por un camino áspero de una montaña muy fragosa, en cuyas concavidades y fosos estaba encubierto el ejército para matarlos, y le dijeron que no fuese por allí en ninguna manera, sino por otro camino llano que ellos le enseñarian. Y así el dicho Capitán determinó dormir allí, y otro día por la mañana mandó llamar los embajadores de dicho Moctezuma, y les dijo que estaba informado cómo aquel camino por donde los guiaban no era bueno para sus caballos, que quería enviar unos españoles con ellos para ver el dicho camino. Y así se partieron a verle, y por otra parte el dicho Capitán envió a Diego Ordaz y a otros, con ciertos principales de Tlaxcala, a ver el camino que los dichos señores le habían dicho que era bueno; y así venidos los primeros dijeron al dicho Capitán como el camino era muy bravo y fragoso, y que los caballos no podían pasar. Y luego otro día vino el dicho Ordaz, el cual dijo que venía espantado de lo que había visto. Y preguntado qué qué había visto, dijo que había visto otro nuevo mundo de grandes poblazones y torres, y una mar, y dentro de ella una Ciudad muy grande, edificada, que a la verdad al parecer ponía temor y espanto. El Capitán, no atemorizado de lo que había oído, sino con mucho ánimo, él y los suyos se partieron con el mejor concierto que pudieron caminando poco a poco, en donde en el camino y pueblos le daban el mantenimiento necesario; de manera que ningún soldado ni otra persona era osada de desmandarse a tomar ninguna cosa ni hacer ningún desaguisado, que luego por ello no fuese castigado, porque en esto el dicho Capitán puso mucha diligencia y cuidado de llevar a sus soldados muy disciplinados. Y así, cierto era cosa de ver cómo todos a una mano estaban tan hermanados que no había rencillas ni

motines, ni otra desvergüenza alguna, antes era tanta su hermandad que no había cosa propia entre ellos, sino que las cosas y bienes de los unos eran de los otros. Por manera que con todo concierto llegamos a la lengua del agua de la dicha laguna grande, a un pueblo en el cual mucho antes que a él llegásemos no había hombre que pudiese poner el pie en el suelo, si no era coiquinándose en suciedad humana, de adonde colegimos que estaba allí, según se dijo, muy gran ejército de Moctezuma para matarnos. Partidos de allí con los embajadores del dicho Moctezuma llegamos a un pueblo que se llama Cutlavac, (¿Tláhuac?) el cual está asentado en una parte de la dicha laguna, en medio de ella, y para entrar en él ibamos por una calzada angosta que apenas podían pasar dos de a caballo, todo de puentes levadizos, en el cual pueblo se tuvo noticia y supo cómo Moctezuma había mandado que en aqueste pueblo, en los patios y torres donde tenían sus iglesias y casas grandes tuviesen mucha cantidad de comida. Así de aves como de patos, había muchos, y frutas, y mucho pan y maíz. Y que en apeándones y comiésemos alzasen los puentes y diesen guerra, lo cual si hicieran sin dar guerra, todos los españoles murieran aislados, porque no tuvieran por donde salir por ser laguna honda, y si alguno saliera, fuera luego muerto y clavado con las flechas de los indios, que con muchas canoas tenían cuajada el agua. El dicho Cortés, como hombre astuto, sagaz y valiente, puso en concierto la gente y mandó expresamente, so graves penas, que ningún soldado se atreviese a tomar ningún bastimento, ni separarse a beber, ni otra cosa alguna, sino que con toda presteza y aceleramiento se diesen a caminar con todo concierto, porque cuando pensasen estar nosotros comiendo, estuviésemos y nos hallasen de la otra parte. Y así se hizo, que con mucha presteza nos pusimos de la otra parte y fuimos a dormir a una villa grande que se llama Estapalapa, que está junto a la laguna de la agua y una legua o legua y media de la dicha ciudad de Tenustitlán, México, y luego comenzamos a entrar a una calzada por la dicha laguna, adelante, por la cual podrían caber tres o cuatro de caballo y más, holgadamente, y a trechos sus puentes

de madera levadizos, que se podían quitar y poner; de manera que la dicha laguna andaba tan llena de canoas cargadas de gente que nos miraban, que ponía espanto de ver tanta multitud de gentes. Y llegando más a vista de la dicha Ciudad parecieron en ella grandes torres e iglesias a su modo, palacios y aposentos muy grandes. Tendría esta ciudad pasadas de cien mil casas, y cada una casa era puesta y hecha encima del agua, en unas estacadas de palos, y de casa a casa había una viga, y no más, por donde se andaban, por manera que cada casa era una fortaleza. Andando más adelante, y a la entrada de la Ciudad, el Capitán había mandado que los soldados y gente de a caballo fuesen en mucho concierto, armados con sus esquipiles de algodón; y vimos venir dos órdenes muy grandes de gente, que tomaban más de dos o tres tiros de arcabuz, y todos eran Señores, y principales, y personas al parecer de mucha autoridad, los cuales venían bien vestidos a su modo, arrimados todos a las paredes de las casas, con grandísima composición de ojos, que no miraban a Español ni a persona nacida, sin hablar hombre palabra, todos con un sumo silencio. Las azoteas de las casas estaban tan llenas de gente, que ponían admiración. En medio de aquestas tan grandes dos procesiones venía aquel gran rey Moctezuma, en una litera cubierta de paños de algodón, buenos, que no le podía ver nadie, y ninguno de los indios que con él venían haciéndole compañía no se atrevían a mirar la dicha litera, la cual llevaban Señores principales en sus hombres, y delante de él iba un hombre con una vara de justicia en la mano, alta, representando la grandeza de este señor. Detrás de él y a los lados, iban otros grandes Señores de cuenta. Andando más adelante, ya que llegaba el dicho Cortés obra de un tiro de piedra de él, se apeó él solo del caballo en que iba y el dicho Moctezuma, salió de su litera y echó al cuello del Capitán unos collares de oro y piedras, y el dicho Cortés le echó al cuello un collar de margaritas; y con toda crianza le habló que fuese muy bien venido, que a su casa venía; y el Capitán le dio las gracias por tan buen recibimiento, y así poco a poco entramos en un gran patio de muy gran circuito, en el cual había unos apo-

sentos y palacios reales donde podía caber pasados de doscientos mil hombres, aposentos muy grandes, en donde en una parte de ellos se aposentaron el dicho Capitán y su gente; y aquí nos dieron mucha comida de aves, y pan, y maíz; tanto, que bastamente se proveyó el ejército. Y Moctezuma se dio por vasallo del emperador, por ante escribano, y se asentó así, que le serviría en todo como a su Señor. Y dijo que fuesen muy bien venidos, que a su casa venían, y que de sus antepasados tenían y sabían, por lo que les habían dicho, que de donde salía el sol había de venir una gente barbada y armados; que no les diesen guerra, porque habían de ser Señores de la tierra. Teníannos por hombres inmortales y llamábannos **teules**, que quiere decir dioses, y con estas palabras y otras que callo, este gran Señor se fue a otros palacios y aposentos suyos, los cuales eran de gran circuito a la redonda y cercados de agua. Estos palacios eran como digo, grandes, y cosa muy de ver, y dentro muchos aposentos, cámaras y recámaras, palacios y salas muy buenas. Había camas cercadas, con sus colchones hechos de mantas grandes, y almohadas de cuero, de lana de árboles, y sus colchas buenas, y pellones blancas admirables, y muy mejores asientos de palo hechos muy de ver, y sus esteras buenas. Su servicio era grande, como de gran Príncipe y Señor. Este señor se deleitaba en lavarse a la mañana y noche; digo, a la tarde. Su ropa nadie la tomaba en las manos, sino con otras mantas la envolvían en otras, y eran llevadas con mucha reverencia y veneración. Al tiempo de lavar venía un señor con cántaros de agua, que le echaba encima, y luego tomaba agua en la boca y metía los dedos, y se los fregaba; y luego estaba otro con unas toallas grandes muy delgadas, que le echaba encima de sus brazos y muslos, y se limpiaba con mucha autoridad y las tomaba sin ninguno de aquellos mirarle a la cara, el cual luego se entraba en su sala, donde estaba en la frontera de aquesta sala y a un lado de él estaba un Señor, y en la otra un su Gobernador que gobernaba la república: con estos hablaba. Asimismo, en la dicha sala estaban sentados de una parte y otra muy muchos grandes señores, ninguno de los cuales le osaba mirar



la cara; todos sus ojos bajos, con muy gran silencio. Era aqueste rey y señor de mediana estatura, delicado en el cuerpo, la cabeza grande y las narices algo retornadas, crespo, asaz, astuto, sagaz y prudente, sabio, experto, áspero, en el hablar muy determinado. A cualquiera de los soldados u otro cualquiera que fuese, hablaba alto y le daba pena, le mandaba luego que se saliese y fuese allí. Tenía mucha cuenta con los que le honraban y le quitaban la gorra, los cuales daba presentes y joyas y comida a su manera. Su manera de servicio era muy grande, como príncipe muy poderoso, el cual, aunque estaba preso y detenido en una sala, siempre le traían de comer manjares diversos, a su modo, y lo que él comía era poco y caliente en sus braseros de carbón. Henchían toda la sala en ringleras de diversas aves, así cocidas como asadas y guisadas de otras diversas maneras, empanadas muy grandes, de aves, gallos y gallinas, y esto en cantidad; codornices, palomos, y otras aves de volatería. Otro sí: le traían pescados de río y de la mar, de todas especies; así muchas maneras de frutas, así de las que se criaban allá cerca de la mar, como de acá de tierra fría. La manera que traían de pan era de muchas maneras, amasado y muy sabroso, que no se echaba menos el pan de Castilla. Su servicio era en platos y jícaras muy limpios. No se servía en plata ni oro por estar como estaba, detenido, que de creer es que debía tener gran vajilla de plata y de oro, porque yo, andando después en la guerra, abollé platos de oro de follajes, cosa muy de ver, y digo esto que lo ví por mis propios ojos, porque tuve cargo de velarle muchos días. Contar otras grandezas que aqueste príncipe tenía, sería nunca acabar.

Diego de Ordaz con otros capitanes subidos en las azoteas altas viendo esta ciudad tan grande y tan fortísima, porque cada casa era una fortaleza, todas de puentes levadizas, llena aquella gran laguna de canoas y gentes que ponían espanto, el cual peligro visto, dijeron al dicho Capitán que convenía mucho que este rey y gran Señor ya dicho, estuviese retraído allí en un aposento grande, donde estaban los Españoles. El Capitán respondió que no le parecía bien a él, especialmente habiéndose dado por vasallo de su Majestad: y

por esto fue requerido de los dichos Capitanes y Señores muchas veces, y no lo quiso hacer. Luego otro día vino una carta de Escalante, teniente que quedaba en la Veracruz donde se había hecho una villa, la cual nueva venía en posta, donde decía que los indios le habían dado guerra y le habían muerto un hombre. Lo cual visto y oído por el Capitán, dijo a los capitanes que fuesen con él y otros soldados a los palacios donde estaba Moctezuma, el cual bien acompañado de sus soldados y cercado de sus capitanes entró donde estaba Moctezuma, y con todo acatamiento rogó el dicho Capitán a Moctezuma se fuese con él donde él estaba aposentado con sus Españoles, porque no recibiría ningún mal tratamiento. El cual se disculpó y respondió con mucha desenvoltura y ánimo, diciendo que no tenía por que llevarle a manera de preso, pues que él les había hecho tan buen recibimiento, y él se había dado por vasallo del rey. Entonces el Capitán le dijo: conviene que vayas con nosotros, porque habéis dado guerra y mandadola dar allá en la mar a los cristianos que dejé en el puerto. Y el dicho Moctezuma le respondió rígida y ásperamente, diciendo que él nunca tal había mandado; y para que veais que aquesto que digo es verdad, yo quiero enviar ciertos Capitanes de los míos, por ellos, para que los traigan presos. Entonces el dicho Capitán dijo: pues también quiero enviar con ellos otros tres de mis soldados; y luego allá los nombró, que fueron: Andrés de Tapia, y yo y otro que se llamaba Valdelamar. Y así otro día por la mañana nos partimos con los embajadores de Moctezuma, y en el camino hasta llegar a donde estaba aquel Señor que había dado la guerra había ochenta leguas poco más o menos, donde vimos y pasamos por grandes pueblos y provincias llenas de muchas gentes; y llegados al dicho pueblo se prendió aquel Señor que dio la guerra, el cual fue traído a México, y por su delito, muerto. Y luego el Capitán mandó a Moctezuma se fuese con él a sus aposentos, y así lo hizo, el cual se prendió por temor grande que los Españoles le tuvieron, y sin prisión ninguna lo pusieron en unos aposentos donde él andaba suelto.

Tomado de: *Historia de la Nueva España* de (Fray Francisco) de Aguilar (157...) Biblioteca del Escorial. Ediciones Botas. México 1938.

BERNARDINO VASQUEZ DE TAPIA

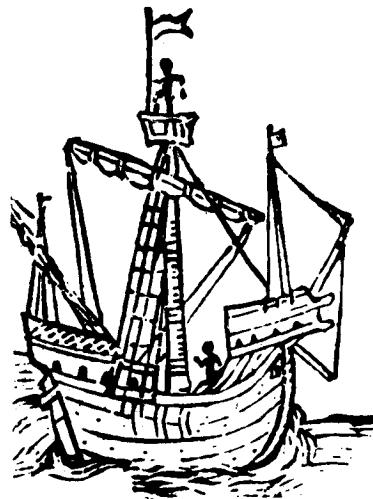
(Conquistador)

XXXVII.—A las treynta e siete preguntas dixo este testigo que en quanto a los asientos de los pueblos e puertos de mar queste testigo sabe quel dicho D. Fernando puso diligencia en los buscar e fazer poblar por la mejor manera que pudo y en los mejores lugares que a todos parescio ecebto que en el asiento desta cibdad de México quando se ovo de poblar de españoles todos quisieran que fuera la poblacion en Cuyuacan ques dos leguas desta cibdad o en Tacuba ques una legua de aqui o en Tezcuco ques ocho leguas e que solo el dicho D. Fernando fue de opinion que aqui poblasen puesto que qualquiera de los otros lugares hera mejor para vivir en ellos españoles que no esta cibdad e esto dize este testigo por quel e todos contradezian al dicho D. Fernando e al fin no se pudo acabar con el otra cosa e que todos los mas sospechavan questo hazia el dicho D. Fernando por se fazer fuerte creyendo que como avia preso a Narvaez e echado a Tapia de la tierra temia que avian de venir sobre el e que viniendo en esta cibdad estava mas fuerte para defenderse que no en otro lugar ninguno puesto quel dicho D. Fernando dezia que pues esta cibdad en tiempo de los yndios avia sido señora de las otras provincias a ella comarcanas que tambien hera razon que lo fuese en tiempo de los criptianos e que ansi mismo dezia que pues Dios Nuestro Señor en esta cibdad avia sido ofendido con sacrificios e otras ydolatrias que aqui fuese servido con que su santo nonbrado e ensalzado para que en otra parte de la tierra preguntado sy vido quel dicho D. Fernando repartio solares e tierras e cavallerias a la gente que con el anduvo syn afision syno dando a cada uno lo que merescia por su persona e servicios e dando ansi mismo a las villas e cibdades sus terminos e exidos dixo, que vido quel dicho D. Fernando al tiempo que se hizo la traza desta cibdad dio a muchos sus solares e primero a sus amigos e debdos e para si tomo cincuenta e seys o sesenta solares en lo mejor de la plaza e que señalo a la cibdad ciertos solares por propios puesto quel thesorero Alonso Destrada tyene e posee por suyo alguno dellos e la cibdad agora despues quel abdienscia vino se lo pide por justicia e ansy mismo vido este testigo quel dicho D. Fernando señalo por

propios desta cibdad cinco o seys pueblos e que despues se los tuvo el dicho D. Fernando para si e que nunca la cibdad se aprovechado dellos salvo en fazer una casa para cabildo la qual hasta oy esta por acabar.

Tomado de: Sumario de la Residencia tomada a D. Fernando Cortés. Documentos para la Historia de México. México 1852.

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA



LA REEDIFICACION DE MEXICO

Quiso Cortés reedificar a México, no tanto por el sitio y majestad del pueblo quanto por el nombre y fama, y por hacer lo que deshizo; y así, trabajó que fuese mayor y mejor y más poblado. Nombró alcaldes, regidores, almotacenes, procurador, escribanos, alguaciles y los demás oficios que ha menester un concejo. Trazó el lugar, repartió los solares entre los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, plazas, atarazanas y otros edificios públicos y comunes. Mandó que el barrio de españoles fuese apartado del barrio de los indios, y así los ataja el agua.

Procuró traer muchos indios para edificar a menos costa; lo cual tuvo al principio dificultad por andar muchos señores, parientes de Cuauhtimoc y de otros prisioneros, amotinados y procurando de matarle con todos los capitanes, por liberar a su rey. Buscó manera cómo prender y castigarlos; los demás holgaron de ir con el tiempo. Hizo señor de Tezcoco a don Carlos Iztlixúchil con voluntad y pedimento de la ciudad, por muerte de don Hernando su hermano, y mandóle traer en la obra los más de sus vasallos, por ser carpinteros, canteros y obreros de casas. Dio y prometió solares y heredamientos, franquezas y otras mercedes a los naturales de México, y a todos cuantos viniesen a poblar y morar allí, que convidó muchos a venir.

Soltó a Xihuacoa, capitán general; dióle cargo de la gente y edificio, y el señorío de un barrio. Dio también otro barrio a don Pedro Moteczuma, por ganar las voluntades a los mexicanos, que era hijo del rey Moteczuma. Hizo señores a otros caballeros de islas y calles para que las poblasen, y así les repartió el sitio; y ellos se repartieron los solares y tierras a su placer, y comenzaron a edificar con gran diligencia y alegría. Cargó tanta gente a la fama que México Tenochtitlan se rehacía, y que habían de ser frances los vecinos, que no cabían de pies en una legua a la redonda. Trabajaban mucho, comían poco y enfermaron; sobrevinieron pestilencia y murieron infinitos. El trabajo fue grande, porque traían a cuestas o arrastrando la piedra, la

tierra, la madera, cal, ladrillos y todos los materiales. Pero era mucho de ver los cantares y música que tenían, el apellidar su pueblo y señor, y el motejarse unos a otros. De la falta de comer fue causa el cerco y guerra pasada, que no sembraron como solían; aunque la muchedumbre causaba hambre, y causó pestilencia y mortandad. Todavía, y poco a poco, rehicieron a México de cien mil casas mejores que las de antes, y los españoles labraron muchas y buenas casas a nuestra costumbre; y Cortés una, en otra de Moteczuma, que renta cuatro mil ducados o más, y que es un lugar. Pánfilo de Narváez lo acusó por ella, diciendo que taló para hacerla los montes, y que le puso siete mil vigas de cedro. Acá parece mucho más; allí que los montes son de cedro, no es nada. Huerto hay en Tezcoco que tiene mil cedros por tapias y cerca. No es de callar que una viga de cedro tenga ciento y veinte pies de largo y doce de gordo de cabo a cabo, y no redonda, sino cuadrada; la cual estaba en Tezcoco en casa de Cacama.

Labráronse unas muy buenas atarazanas para seguridad de los bergantines y fortaleza de los hombres, parte en tierra y parte en agua, y de tres naves, donde por memoria están hoy día los trece bergantines. No abrieron las calles de agua, como antes eran, sino edificaron en suelo seco; y en esto no es México el que solía, y aun la laguna va decreciendo del año de 24 acá, y algunas veces hay hedor; pero en lo demás sánscima vivienda es, templada por las sierras que tiene alrededor y abastecida por la fertilidad de la tierra y comodidad de la laguna; y así, es aquello lo más poblado que se sabe, y México la mayor ciudad del mundo y la más ennoblecida de las Indias, así en armas como en policía, porque hay dos mil vecinos españoles, que tienen tantos caballos en caballerizas, con ricos jaeces y armas, y porque hay mucho trato y oficiales de seda y paño, vidrio, molde y moneda, y estudio, que llevó el virrey don Antonio de Mendoza. Por lo cual

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

(1557)

tienen razón depreciarse los vecinos de México, aunque hay gran diferencia de ser vecino conquistador a ser vecino solamente. Pues como fue México hecho, aunque no acabado, se pasó Cortés a morar en él desde Culiacán, o como dicen otros, Coyoacán, y los que vecinos eran y los soldados también. Corrió la fama de Cortés y grandeza de México, y en poco tiempo hubo tantos indios como dicho habemos, y tantos españoles, que pudieron conquistar cuatrocientas y más leguas de tierra, y cuantas provincias nombramos, gobernándolo todo desde allí Fernando Cortés.

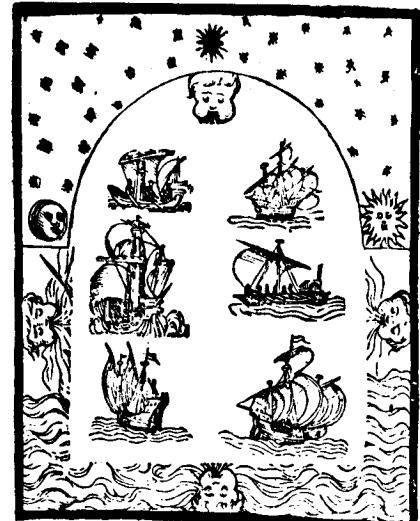
DE LA DESCRIPCION Y GRANDEZA QUE HOY TIENE LA CIUDAD DE MEXICO DESPUES QUE ESPAÑOLES POBLARON EN ELLA.

Es cosa cierta, pues dello hay tantos testigos de vista, que como en su gentilidad la ciudad de México era cabeza deste Nuevo Mundo, así lo es ahora después que en él se ha promulgado el santo Evangelio, y es cierto lo merece ser, por las partes y calidades que tiene, las cuales en pocos pueblos del mundo concurren como en éste. Describile interior y exteriormente en latín en unos *Diálogos* que añadí a los de Luis Vives, por parecerme que era razón que, pues yo era morador de esta insigne ciudad y catedrático en su Universidad, y la lengua latina tan común a todas las naciones, supiesen primero de mí que de otro la grandeza y majestad suya, la cual hubiera ido en muy aumento como en las demás cosas, si el Virrey hubiera dado más calor.

Está puesta la población de los españoles entre los indios de México y del Tlatelulco, que la vienen a cercar así por todas partes. La traza es la que dio al principio Hernando Cortés, tan acertada como todo lo demás que hizo; el suelo es todo llano en la mayor parte dél; antiguamente había agua; las calles todas son tan anchas que holgadamente pueden ir por ella dos carros que el uno vaya y el otro venga, y tres a la par; son muy largas y derechas, pobladas de la una parte y de la otra por cuerda de casas de piedra, altas, grandes y espaciosas, de manera que, a una mano, no hay pueblo en España de tan buenas y fuertes casas.

En la plaza, que es la mayor que hay en toda Europa, en el medio della, está la iglesia mayor, que parece, conforme a la grandeza de la ciudad, más ermita que templo suntuoso. La causa fue haberla hecho al principio, de prestado, los oficiales del Rey, en ausencia de Fernando Cortés, que eran Alonso de Estrada, Gonzalo de Salazar y Rodrigo de Albornoz. Era bastante iglesia para los pocos españoles que entonces había. **Después, venido Cortés, esperando grandes oficiales para hacerla, como él decía, tan suntuosa como la de Sevilla, se fue a España y así ha quedado hasta ahora**

Tomado de:
Historia de la Conquista de México.



que el Rey la manda hacer; tráense los materiales para ella; no la verán acabada los vivos, según la traza con que se pretende hacer.

Toda esta plaza, con ser tan grande, está cercada por la una parte de portales y tiendas, donde hay grandísima cantidad de todas mercancías, y concurren a ella de fuera de la ciudad, así de españoles como de indios, mucha gente. La mayor parte de la acera que mira al oriente ocupa una casa que Hernando Cortés hizo, en la cual reside el virrey y oidores, con tiendas por debajo que dan mucha renta. Es tan grande esta casa y de tanta majestad, que allende de vivir el virrey con todos sus criados en ella y los oidores con los suyos, hay dentro la cárcel real, la casa de la moneda, una plaza donde está una tela donde los caballeros se ejercitan, allende de muchos patios y jardines que tiene el aposento del virrey y oidores. La parte por donde sale a la plaza tiene unos corredores de arcos de cantería suntuosísimos, a par de los cuales están las salas y estrados donde se hace audiencia y los aposentos donde asisten los secretarios de ella. En la misma acera, estando la calle de San Francisco en medio, se continúan los portales y tiendas hasta llegar a otra calle, por la cual pasa la principal acequia de la ciudad, sobre la cual está la otra acera que mira al norte. En ésta está la Audiencia de los alcaldes ordinarios, la cárcel de la ciudad, las casas de cabildo, la fundición y caja real y dentro la platería; casas todas muy grandes y espaciosas de cantería, con portales bajos y corredores altos de piedra, que por extremo hermosean la plaza. Un callejón en medio, se siguen los portales que llaman de doña Marina, con tiendas debajo y casas de morada encima. En la otra acera que mira al poniente están las casas del Marqués del Valle, que son muy mayores y de mayor majestad que las del Conde de Benavente en Valladolid, en las cuales vive su gobernador Pedro de Ahumada Sámano y su mayordomo mayor y otros oficiales de su casa. En la misma acera se sigue (n), estando la calle en medio, que va a las casas arzobispales y hospital de las bubas, otras muchas casas y algunas muy principales, como son las del adelantado Montejo, las de Alonso de Avila, Alvarado. Lue-

go se sigue la otra acera que cae sobre la calle que va a las Atarazanas, que se llama de Tacuba, toda muy poblada de tiendas y contrataciones. Adornan mucho la plaza cuatro torres; las dos que están a las esquinas de la casa donde el virrey y oidores viven, que hizo el Marqués; la de la casa de Montejo y la de Joan Guerrero.

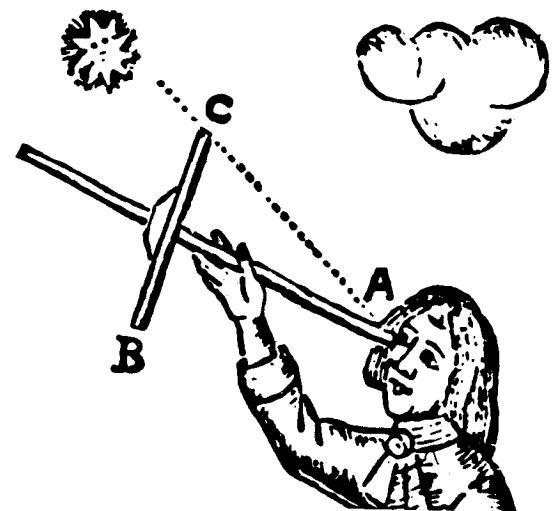
Saliendo desta tan señalada plaza, por seis calles se va a seis notables edificios. Por el Audiencia de los Alcaldes se va a San Agustín, monasterio suntuosísimo de agustinos, el más rico de rentas, ornamentos y plata que hay en estas partes. Llámase la calle del nombre del monasterio; hay en ella gran contratación de tiendas y oficiales y están en ella las carnicerías. Por la calle que está par de la esquina de las casas del Marqués, se va al Hospital de Nuestra Señora, que el Marqués edificó y dotó, donde se curan: los pobres enfermos que vienen de España; tiene grandes indulgencias y perdones; no está acabado; lleva principios de muy suntuoso edificio. En esta calle hay muchas casas principales. Por la otra calle, a la acera del Marqués, se va a las casas arzobispales, que aunque no son muy grandes, son muy tuertas, con dos torres de cal y canto muy altas; edificada toda la casa sobre un terrapleno, que antiguamente era cu, tan levantado de la calle que hasta el primer suelo, donde el arzobispo tiene su aposento, hay una pica en alto. Derecho, por esta calle, está frontero el hospital de las bubas, casa de gran devoción y para en estas partes de gentil edificio. Cúranse aquí a la continua muchos enfermos; hágense grandes limosnas; hay muchas indulgencias y perdones. Las casas arzobispales y este hospital hizo don fray Joan de Zumárraga, primer arzobispo de México, de buena memoria. Luego por la misma acera se va por otra calle muy larga a dar a la iglesia de la Santísima Trinidad, y mucho más adelante a la fortaleza que llaman Atarazanas. Su alcaide se llama Bernardino de Albornoz, regidor de México. Debajo de estas Atarazanas están ad perpetuam memoriam, puestos por su orden, los trece bergantines que el Marqués mandó hacer a Martín López, con los cuales se ganó la ciudad. Da contento verlos, y a cabo de tanto tiempo

están tan enteros como cuando se hicieron. Cae esa fortaleza sobre la laguna, hermosa vista, por la grandeza della y peñoles que en ella parecen y canoas de pesquería. Es ruin el edificio, y sería acertado para adelante fuese tan fuerte como la grandeza de la ciudad lo merece. Por la otra calle que cruza por ésta que va a las Atarazanas, se va al monasterio de Santo Domingo, de la Orden de los Dominicos. Hay en esta calle hasta más de la mitad dellas muchas tiendas de diversos oficios, y luego, antes de llegar al monasterio, se hace una buena plaza cuadrada, que por la una parte tiene unos portales de cantería y casas de morada encima, con tiendas debajo. Frontero en la otra acera hay tres casas muy suntuosas de caballeros principales. El monasterio, que está entre la una acera y la otra, es muy grande; tiene un templo de sola una nave, de las mayores que (yo) he visto, ahora se comienza y prosigue otro que será muy de ver; tiene por las espaldas una muy hermosa huerta y acequia. Hay en esta casa mucho ejercicio de letras. Por la otra calle que llaman de Tacuba, que comienza desde la esquina y Torre del Relox, se va a la Veracruz, templo de donde salen el Jueves Santo los cofrades de la Veracruz, y desde allí, por la calzada adelante, un buen trecho está la iglesia de San Hipólito, en cuyo día se ganó esta ciudad. Esta calle se llama así porque va derecha al pueblo de Tacuba. Hasta la mitad della o poco menos, por la una acera y por la otra hay un gran bullicio y ruido de todo género de oficiales, herreros, caldereros, carpinteros, zurradores, espaderos, sastres, jubeteros, barberos, candeleros y otros muchos. De allí adelante hasta la Veracruz, por la una parte y por la otra, hay muchas y muy suntuosas casas de personas principales. Es esta la más hermosa y vistosa calle de la ciudad; sálese por ella derecho a las huertas. Es esta la más hermosa salida que hay en muchas partes del mundo, por la grandeza y muchedumbre de las huertas, por el agua de pie y fuertes y hermosas casas de placer. Por la otra calle, la cual también hasta la mitad tiene muchas tiendas, de allí adelante las casas principales, se va a **San Francisco, monasterio de franciscanos**. Su templo y casa es mediano; la huerta y patio primero

son muy grandes. En este patio, que está rodeado de arboles con una cruz altísima de palo en medio, está hacia el occidente la capilla de San José que, como dije en el Túmulo Imperial que escribí de las obsequias del invictísimo César don Carlos V, tiene siete naves; caben en ella toda la ciudad de españoles cuando hay alguna fiesta; es muy de ver, porque está artificiosamente cubierta de madera sobre muchas columnas; tiene delante una lanza de arcos de cantería; está muy clara, porque la capilla es alta y descubierta toda por delante, que los arcos de cantería son bajos y sirven más de ornato que de abrigo y cobertura.

DO SE PROSIGUE LA DESCRIPCION Y GRANDEZA DE MEXICO.

Allende destos templos que por las calles que dije se va a ellos, hay el templo de San Pablo, que está en el distrito de los mexicanos, donde todas las fiestas gran cantidad de indios y algunos españoles vecinos oyen misa. Adelante está la ermita de San Antón, sobre la calzada de Iztapalapa. Hay de la otra parte en la población de los españoles un monasterio de monjas de la Madre de Dios, que aunque en el edificio no es señalado en el número de monjas y en la bondad y observancia de la religión y calidad de sus personas es tan célebre como alguno de los nombrados de Castilla, porque en él hay muchas monjas, las más dellas hijas de hombres principales. Comiénzase ahora otra casa cerca désta, donde se mudarán para tener el templo y morada que conviene. Hacia esta parte, que también se llama México, hay muchas iglesias de los indios, como son Santa María la Redonda y San Juan y otras de los españoles sobre el acequia que corre. Al un lado del monasterio de San Francisco está el Colegio de los Niños Huérfanos, que llaman de la Doctrina, los cuales son muchos y muy bien enseñados, porque dentro hay siempre un capellán, un mayordomo y un maestro que enseña a leer y escribir, con todo el servicio necesario; es casa muy devota, aunque no de bravo edificio. Hanle concedido los Sumos Pontífices las indulgencias de que goza San Juan de Letrán de Roma, y así tiene esta advocación el colegio.



Díicense en él cada día muchas misas, porque mueren pocos que no manden decir misas. Gobierna esta casa un rector y ha de ser uno de los oidores, y cuatro diputados. Adelante está un hospital con muy buenas tiendas que los indios han hecho para renta de él, donde se curan los indios pobres y enfermos. Un poco más adentro en la ciudad, frontero de la otra parte de San Francisco, está el Colegio de las Huérfanas, que es buena casa y espaciosa, de gran recogimiento, donde hay una madre que gobierna la casa. Hay muchas doncellas: unas que se reciben por amor de Dios, hasta que se cumple cierto número; otras que tienen padres ricos o haciendas de que se sustenten. Se reciben para ser enseñadas en la doctrina cristiana y estar recogidas, aprendiendo a labrar y coser, hasta que es tiempo de tomar estado. Cásanse de las huérfanas pobres cada año cuantas puede casar la Cofradía de la Caridad, cuyo rector y diputados tienen cargo de la administración desta casa, que cierto era bien necesaria en esta ciudad. Hace la Cofradía de la Caridad, porque es la más principal y donde son hermanos todas las personas de suerte, muchas limosnas, no sólo en esto, más en salir a recibir los pobres y enfermos que vienen de España. Va un canónigo de la iglesia mayor a ello, que hasta ahora ha sido siempre el canónigo Santos. Hay en el camino un hospital que se dice de Perote, porque en todo lo demás del camino hay poco refrigerio.

Hay asimismo en el distrito de México las iglesias de Santa Catalina y San Sebastián y Santa Ana. Desde este templo comienza la población de los indios de Santiago, donde está la gran plaza que dije. Hay aquí muchas iglesias de indios, pero en la plaza está un monasterio que se llama de Santiago, que es de frailes franciscanos, de gentil edificio y gran sitio, donde acude las fiestas a oír misa y sermón toda aquella población. Junto a este monasterio está un colegio también de buen edificio y muy grande, donde hay muchos indios con sus opas, que aprenden a leer, escribir y gramática, porque hay ya entre ellos algunos que la saben bien, aunque no hay para qué, porque por su incapacidad no pueden ni deben ser ordenados, y fuera de aquel recogimiento no usan bien de lo que saben. Tiene cargo deste colegio

el guardián del monasterio; hace tratado de comutarlo en españoles, y sería bien acertado. Y porque las insignes ciudades para el proveimiento de los vecinos han de tener agua de pie y esta ciudad la tenía por algunas calles della, al presente se trae por todas, y en cada esquina se hace un arca de piedra, donde los vecinos pueden tomar agua, sin la que entrará en muchas casas. El edificio donde se recibe para hacer el repartimiento della es muy hermoso y de gran artificio. Héceie Claudio de Arciniega, maestro mayor de las obras de México. Es el obrero mayor que asiste a las obras, por elección del régimen de la ciudad, don Fernando de Portugal, tesorero de Su Majestad.

Está puesta toda esta ciudad con la población de indios muy en llano; rodéanla a tres y a cuatro leguas muchos montes y sierras; los campos que están a las vertientes son muy llanos, muy fértiles, alegres y sanos, por los cuales corren diversas aguas y fuentes. Hay en ellos muchos pueblos de indios con muy buenos templos y monasterios. Cógese mucho trigo y maíz, y hay muchas moliendas y ganado menor. Es tierra de caza y la laguna de mucha pesca, porque hay poca en los ríos. Tiene ejidos, donde pasce todo género de ganados. A media legua, entre las huertas, tiene un bosque cercado, con una muy hermosa fuente de donde viene el agua a la ciudad; llámase Chapultepec. Don Luis de Velasco, visorrey desta Nueva España, hizo una casa; sobre la casa, aunque pequeña, muy buena y sobre lo alto del bosque edificó el mismo una capilla redonda, la cosa más graciosa y de ver que de su tamaño hay en toda la ciudad; tiene sus petriles alrededor, de donde se parece toda la ciudad, laguna, campos y pueblos, que verdaderamente es una de las mejores vistas del mundo. Hay en este bosque muchos conejos, liebres, venados y algunos puercos monteses. Ciérrase todo el bosque con una puerta fuerte, sobre la cual puse yo esta letra: *Nemus edifitio et amenitate pulchrum delicias populi Luvicus Velascus, hujus provinciae prorex, Scaesari suo consecrat*, que quiere decir: "Don Luis de Velasco, visorrey desta provincia, dirige al Emperador, su señor, este bosque, en edificio y frescura, hermosos pasatiempo de la ciudad".

PAULO JOVIO

(1568)

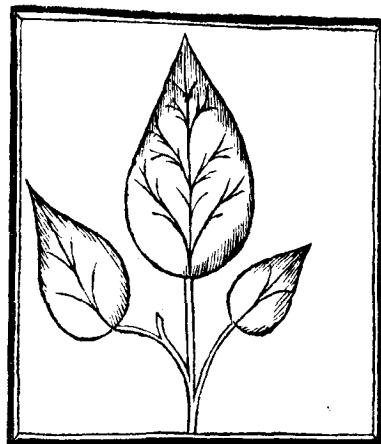
Estas y otras muchas cosas señaladas tiene la muy insigne, muy leal y muy nombrada ciudad de México, cabeza de todo este Nuevo Mundo, de donde han salido y salen los capitanes y banderas que en nombre de Su Majestad han conquistado y conquistan, como en su lugar diré, todas las demás provincias que hasta ahora están sujetas a la corona real de Castilla. Y porque ya es razón, por la gran digresión que he hecho, que ha parecido ser necesaria; volver al contexto de la obra y historia, proseguiremos lo que más avino a Cortés estando en México.

Entre los famosos españoles que, navegando por el océano y descubriendo nuevas tierras han alcanzado nombre ilustre, el más famoso y nombrado, a lo que creo, fue este Hernán Cortés, a quien véis con esta espada dorada, collar de oro, cubierto de ricas pieles. Este, imitando prudente y felicemente los pensamientos casi insanos y opiniones de disciplina naval de Colón, ginovés, (que fué el primero que, en nuestro tiempo, con navegación espantosa descubrió casi otro nuevo mundo) enderezó hacia el poniente, y, llegando a un gran golfo, que la tierra, encorvándose al Septentrión, hace, descubrió los reinos de México, y gentes de ingenio, poco diferente de nuestras costumbres. Porque, partiendo del último cabo de la isla de Cuba (que derecho se extiende hacia el poniente, y está debajo del Trópico de Cancro) dejó, a mano siniestra, las islas de Yucatán y Coluacán, y llegó derecho a la frente de lo más íntimo de aquel folgo, cerca de la boca de un gran río, llamado Panuco, y, hablando con los de la tierra, por intérpretes de Yucatán y Coluacán (a quien, en otra empresa que había hecho, había ayudado) supo que aquella tierra era costa de tierra firme, que, doblándose, iba, por una parte, a dar al golfo de Uraba, y, por otra, tirando al Septentrión, se extendía infinitamente y llegaba a las tierras a quien los marineros llaman Bacallaos. En el paraje desta costa, decía Verrazano, florentín, que había hallado otro Esamillo, y escribió un comentario desta región. Mas, después, cabo el Darién (como navegando buscarse secretos de natura y tierras remotas no sabidas) fué comido de caribés, a vista de sus compañeros que estaban en el armada. Parece verisímil que naturaleza (para que el océano exterior se pueda hallar, y, por ventura, navegar, puso frontero destas tierras, hacia el Septentrión, otro istmo, como lo hay en Uraba, costa del Darién; el cual osó pasar Vasco Núñez de Balboa, y halló el mar que va a los ricos reinos del Perú y del Cuzco. Porque no se debe dudar sino que aquel mar, que tira al Septentrión, es el mar océano, que, cercando toda la tierra, va, de allí, a la costa del Catay y de la China (provincias orientales), y a las beatas islas de los Malucos. Llegado Cortés adonde habemos dicho,

Tomado de: Crónica de la Nueva España.

Papeles de la Nueva España compilados y publicados por Francisco del Paso y Troncoso.

Tercera Serie. Historia. (1914, I) (1936, II-III)



regaló a los moradores con blandas palabras y promesas y con algunos dones, y entendió que adoraban ídolos de oro y madera, hechos de varias formas de dragones y fieras, como lo hacían los de Yucatán y Coluacán, y que les hacían sacrificios con hombres reos de delitos (según César escribe que lo hacían los druidas, para aplacar sus dioses) y, verdaderamente, pienso que este inhumano género de sacrificio fue, en los tiempos pasados, traído destas tierras a Inglaterra, y de allí a Francia. Era Cortés informado que en lo mediterráneo (hacia el occidente) estaban los grandes y riquísimos reinos de México, poblados de hombres ingeniosos, amigos de toda policía, de letras, música y artes mecánicas, porque edificaban casi a nuestro modo, y tenían mucha cal y yeso y mármoles de diferentes maneras, y piedras labradas, y no faltaban entre ellos pintores que adornaban todas las cosas con colores. Tomóle a Cortés gran deseo de ir a descubrir estas tierras, de quien le decían que eran abundantes de oro y plata y de pedrería, y que están debajo la Equinoccial, y que eran de hermoso y saludable cielo y de fertilidad extraña. Y, no faltando la fortuna a su deseo (como fuese sagaz y astuto) supo que los mexicanos (con la locura que nosotros) traían guerra sobre los términos y potencia, por lo cual ofreció al señor más cercano de ayudarle contra sus enemigos, porque tenía una compañía de arcabuceros y ballesteros y piqueros, los cuales, aunque eran pocos, estaban bien armados y eran animosísimos y de gran valor. Item, tenía una banda de caballos (cosa que a aquellos bárbaros parecía a milagrosa) porque en aquellas tierras no había visto hombre jamás caballo. Con esto, confederándose con los indios susodichos, ellos, por mandado de su señor, les llevaban a los españoles, a cuestas, las armas y mantenimientos y el artillería. Y así, los españoles, tirando a la guerra, hubieron muchas batallas en que los indios, espantándose de los truenos del artillería y extraña hechura de los caballos, eran, con gran matanza, rompidos; de manera que, rindiéndose, se dieron al señor a quien Cortés favorecía, el cual los recibió humanamente por consejo de Cortés, (el cual pretendía, acrecentando sus fuerzas y juntando mayor

socorro, ir contra el rey Motzuma, potentísimo rey de México, señor de la ciudad de Temestitán, que, a modo de la ciudad de Venecia está cercada de agua). Llegando Cortés allá, los vasallos de Motzuma mostraron el ánimo que los primeros y usaban de las mismas armas. Y, espantándose de ver los caballos, arrojábanse en tierra en oyendo el artillería, y venidos a las manos, eran muertos, sin tomar venganza porque peleaban con espadas de palos y con dardos con las puntas de cuerno, y con flechas de caña, y tenían la mayor parte del cuerpo desnudo, y temblaban de las grandes heridas que daban nuestras espadas y lanzas. Y pensaban que el caballero y el caballo eran un solo animal, a modo de centauro, y que los nuestros pedían a Dios rayos contra ellos, y que Dios se los daba. Con lo cual, Motzuma, espantado de su daño y destos milagros, rindió su persona y tierra a voluntad de Cortés. Pero, como después pareciese que se había arrepentido y que incitaba a sus naturales a rebelarse y se dijese que quería huir, echáronle prisiones, lo cual, los suyos (llorando y sollozando) tenían por la mayor desventura que a su señor pudo venir, pues, siendo rey de los reyes, y estando poco antes en tan gran alteza, era metido en prisión, como esclavo. Por lo cual, algunos del pueblo, queriendo vengar a su señor, o librarlo de tan gran afrenta, comenzaron a tirar piedras a un aposento alto, do Motzuma estaba preso, y, no obstante que los españoles procuraban impedirlo, tiraron de manera que Motzuma, siendo herido en la cabeza, murió brevemente. Muerto Motzuma, Cortés, después de una larga y sangrienta guerra, fue por votos de muchos caballeros, electo por virrey, en nombre del Emperador. Después de lo cual, comenzó a descubrir adelante, y como fuese informado que las provincias de México eran muy ricas de oro y perlas, y que no estaba lejos la mar, fue a descubrir la costa occidental, con tanto aparato, que no sólo llevó cargas y artillería, sino dos bergantines, en piezas, para clavarlos cuando fuese menester, todo lo cual llevaban a cuestas muchos esclavos, y los bergantines eran para entrar en la mar, la cual le decían que no estaba de allí más de quinientas leguas. Partido Cortés, como llevase consigo

el artillería y caballería, allanáronsele todos los pueblos y proveyérонle de mantenimientos y hicieronle todo servicio, y, casi a la mitad del camino, vio un altísimo monte, cuya cumbre echaba llamas y brasas ardientes, a modo del monte Ethna de Sicilia, y, pasando adelante llegó a la mar (que haciendo grandes vueltas hacia la costa de a mano derecha mostraba muchas islas, muchas de las cuales eran desiertas y en sus bajíos fueron hallados muchos buzanos que, estando debajo el agua, pescaban perlas, y unas conchas en que las había). Era aquel mar embarazado con muchas peñas, y no se podía seguramente tentar, con navíos pequeños, y pensaba Cortés que iba a salir al levante y como los moradores dijesen que, a lo último del poniente había unas islas grandes, abundantes de grandes riquezas, de especería y perlas, Cortés se alegró mucho, pensando hallar en el occidente un nuevo levante, si reconociese aquellos mares con navíos gruesos. Habiendo reconocido largo la costa y notado bosques, de donde se podían cortar materiales para labrar armada, volvióse a Temestitán, y, haciendo purgar solememente los templos, edificó altares a Jesu-Cristo, Nuestro Señor, y a la Santa Virgen, su Madre, y hizo una pila de bautismo, y como los mexicanos son dóciles, no fue difícil persuadirles que adorasen al verdadero Dios, y así, acudiendo a porfía a baptizarse, recibían el santo bautismo y eran enseñados en los misterios de nuestra religión. Porque pensaban que los españoles eran más que humanos, enviados por el Omnipotente Señor a aquellas tierras a que les diesen noticia dél y les enseñasen amorosamente artes maravillosas, con que para siempre fuesen bienaventurados; y que ya no tenían que temer armas de ningún vecino, pues, ayudados de nación tan invicta, estaban seguros, por mar y tierra, y gozarían perpetuamente de política paz; porque les parecía que Cortés gobernaba por mandado de Dios todas las cosas, con justicia, templando severidad con clemencia, castigando los delincuentes, para ejemplo de los demás, porque, según se usa entre nosotros, a los que delinquian los azotaba o les hacía ligar atrás los brazos, con sogas, y los subía en alto y los dejaba caer; a otros hacía atormentar en la cárcel, y que los echasen

en el cepo y los atormentasen con hambre y sed; porque Cortés había edificado una gran cárcel, que a aquella gente libre parecía pena gravísima. Estas cosas obraron tanto con los mexicanos que, como Cortés, por mano de predicadores intérpretes, les dixese mucho de las cosas divinas y del autoridad del Papa y grandeza y valor del Emperador don Carlos, príncipe soberano, determinaron, por determinación pública, enviar por embajadores dos ilustres señores de su nación que viniesen a España y hiciesen reverencia al Emperador y venerasen al Papa Clemente. Yo vi a estos embajadores en Roma, y en color, cabello y alegre condición parecían a nuestros mulatos, y presentaron al Papa unas pequeñas imágenes de oro, y él se las pagó bien, mandándoles dar sendos vestidos de brocado. Y, haciéndoles armar caballeros, dióles dos talabartes y dos espadas y dos dagas doradas y sendas cadenas de oro, con lo cual, muy alegres, volviéronse a su tierra, y, según me dicen, contaban a los suyos muchas cosas de la grandeza de Roma y de las costumbres y ceremonias de los nuestros. Pasado esto, Cortés edificó en la plaza de México, una casa que parecía un palacio real, de labor tan hermosa y tan adornada de diversos mármoles, y piedras entalladas, que algunos españoles dicen que es más hermosa que el Alhambra de Granada, porque está adornada de diversas cintas de piedras coloradas y de otras de diversos colores, y tiene unos jardines con muchas fuentes. Porque la ciudad de Temestitán está cercada de una laguna, sobre que hay muchas puentes, por donde entran y salen en la ciudad, y aunque la laguna es salada, tiene muchos caños de agua dulce, de donde, para todo uso, va agua limpia a las casas de la ciudad, las cuales son de piedra. Está la ciudad de Temestitán, casi en medio, entre la línea del Trópico de Cancro y la Equinocial. Mas, Cortés no pudo gozar mucho de la gobernación de tan gran tierra, porque (según sucedió a Colón) fue, por envidia de tantas riquezas, llamado a España, donde trujo presentadas al Emperador piedras y joyas de tanto valor, que nadie lo creerá. Pagóle el Emperador sus servicios haciéndolo Marqués del Valle y mandando que la merced pasase a sus sucesores, y envió por



SIGUENZA Y GONGORA

virrey de México a don Antonio de Mendoza, hijo del Conde de Tendilla, el cual, como es de ánimo generoso y docto en buenas letras y muy amigo de gloria, creamos que descubrirá las provincias de más adelante y el camino deseado para las Molucas. Con esto, Cortés, acompañando al Emperador cuando pasó a Africa, perdió, en el naufragio de Argel, su rica recámara, y, de ahí a siete años, él, que de un hijo de un pobre vecino de Medellín (lugar cerca de Guadiana) había llegado a ser illustre, por merced del Emperador, murió en su casa, no muy viejo, poco después de haberme enviado su retrato para que lo pusiese en mi Museo, entre los varones illustres".

DE FRANCISCO DE COSENZA, TRADUCIDO EN CASTELLANO.

Hércules valeroso
anduvo muy gran parte de la tierra,
Y vino victorioso
De cualquiera batalla y fiera guerra;
Y por el más nombrado,
De todos, en su tiempo, fue estimado.
Hernán Cortés, más tierras,
Y más del ancho mar ha conocido:
Más valles y más sierras;
Y es más nombrado aquél y esclarecido,
Pues los no conocidos
Antípodas, por él fueron vencidos.

DEL MISMO AUTOR, AL MISMO RETRATO

Baco, habiendo las Indias conquistado,
A sus pueblos dio leyes, porque honrasen
Su nombre, y como a Dios sacrificasen,
Devotos sacrificios, con cuidado:
El Cortés otras Indias ha ganado,
Sin consentir que en ellas le adorasen,
Sino que a sólo Dios reverenciasen,
Habiéndoles de Dios noticia dado.
Luego, mayor que Baco, ciertamente
Ha sido el gran Hernando valeroso,
El cual negó ser Dios, con buen sentido
Mas, Baco, conquistada aquella gente,
Con ánimo arrogante y soberbio,
Por sola fuerza fue por Dios tenido.

Es el Hofital de la Inmaculada Concepcion de nueftra Señora, del Patronato del Marques del Valle, el mas antiguo de Mexico.

CAPITULO I

(I)

Obliganme ocupaciones continuas reducir á compendio en lo que quiero efcibir quanto antes me ocupaba en la idea mucho papel: Y affi era fuerza que fuefe, fiendo de magnitud primera el afunto de ello; y no pudiera fer fino affi, quanto es fu objeto manifeltarle al mundo, reducidas á perfeccion, piadofas difpoficiones del invencible Marques del Valle D. FERNANDO CORTES, cuyas menores acciones seran digno empleo de la Fama mientras durante el mundo, y que sin duda huviera perpetuado la ethnica antiguedad, dibujando con oro de estrellas en el papel del cielo vn retrato suyo en algunas de las imagenes que lo hermosean. No era esto mucho, quando consiguió viviendo (y se continua hasta ahora) el que aun á su Cavallo lo venerasen por Dios los Indios de la Provincia de Tayza en el golfo dulce, como dice Fray Bernardo de Lizana en su Historia de lucatan parte 2. cap. 19. fol. 190. y Fray Diego Cogolludo en la de la misma Provincia lib. I. cap. 16. Pero poco fuera aquello, y menos es esto, si se compara á lo agradable de su memoria, y á lo que goza su alma en las delicias del Empyreo.

2. Consecuencia necesaria es esto vltimo de sus procederes; porque aunque la tosquedad de quien puede ser no subiese mucho, por aver sido siempre su esfera corta, ó sus acciones, no grandes mojó tal vez la pluma en la tinta del sentimiento, y la detraccion para formar su Historia, de donde sacaron abominables autoridades, para justificar lo que contra el se depuso en aquellos tiempos, ó los que vanamente le emularon sus inimitables acciones, ó los que siempre sintieron mal de las Españolas empresas; con todo, prevaleció en contraditorio juicio su justicia recta y piedad insigne, como lo manifiestan con voces elegantes quan-

tos de el escriben, y entre ellos el P. Fray Juan de Torquemada en el Prologo al libro 4. de su Monarquia Indiana lo expressa assí:

3. Para conocer muy á la clara, que Dios misteriosamente eligió á Cortes para lo que hizo, basta el haver mostrado siempre tan buen zelo como tuvo de la honra y servicio de ese mismo Dios, y salvación de las almas, y que esto se pretendiese principalmente y fuese lo que llevaba por delante en esta empresa, veese claro, porque quando salió de la Isla de Cuba para acometerla, en todas las vanderas de sus navios puso una Cruz colorada con vna letra que decía: Amici sequamur Crucem: si enim fidem habuerimus in hoc signo vincemus; que quiere decir: Amigos sigamos la Cruz: porque si tuvieremos fe, en esta señal venceremos.

4. En ninguna parte, ni pueblo de Indios entró que como el pudiese no derrocarse los Idolos y vedase el sacrificio hecho de hombres, y levantase Cruces, y predicase la Fé y doctrina de vn solo Dios verdadero y de su vnigenito Hijo nuestro Señor IesuChristo (cosa, que no todos los victoriosos Capitanes, ni todos los Príncipes, á cuyo poder vienen las tales presas suelen tomar tan á pechos) Pues el cuidado que tuvo en procurar Ministros, quales convenia para la conversion de estas gentes, y el credito, autoridad y favor, que á estos dio para que las cosas de Dios fuesen de los Indios recibidas con mucha reverencia, en muchas partes de esta larga historia se dize, porque el intento principal de esta escritura me obliga á hacer deste singular punto particular mención.

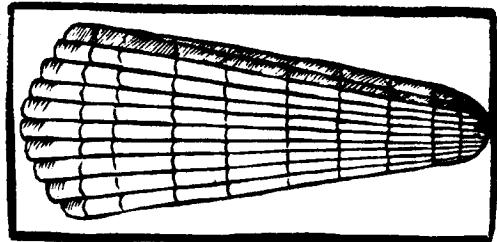
5. Verdad es esta que está á los ojos siendo oy lo mas bien parado de la America, lo que para ofrecerle a Dios conquisto su braco. Y si era su cuidado erigirle templos, y altares por donde iba de paso á continuar sus empressas, como fue en Cozumel, en Tabasco, en Cempoala, en Tlaxcalan, y en otras partes, que no es de creer que haria en Mexico, que fue el destino de su fortuna, el norte de sus acciones, y por esso el empleo de su cariño?

6. Espantome de que afirme el mismo Torquemada lib. 15. cap. 16. no haver havido en esta Metropoli del nuevo mundo Iglesia alguna hasta el año de 1524, en que vinieron los suyos, quando sé las funciones que la noche buena del año de 1523, se hizieron en la que Bernal Diaz del Castillo menciona en el cap. 162. de su Historia, y quando sé el que por haver assistido en ella como su Governor hasta aquel tiempo sin interrupción moral el piadosissimo Marques del Valle, era imposible faltase en lo que ya era de su gobierno lo que havia tenido lugar muy comodo aun entre los templos gentilicios de Tezcatlipoca y Huitzilopochtli, quando todavía imperaba en ella el desgraciadissimo Príncipe Motecuhcomo.

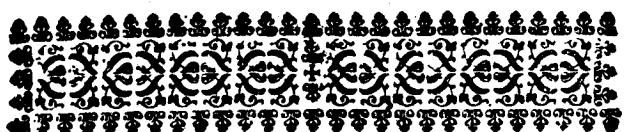
7. No se ponga pues en duda el que huviesse Iglesias en la Ciudad de Mexico, quando aun á Hospitales se alargó la providencia de D. FERNANDO CORTES. De el dize su mal contento Coronista Bernal Diaz en el cap. 170 lo que sigue: Estaba siempre entendiendo en la Ciudad de Mexico, que fuese muy poblada de los naturales Mexicanos como de antes estaban: y que en la población de los Espanoles tuviesen hechas Iglesias y Hospitales, de los quales cuidaba como Superior y Vicario el buen Padre Fray Bartolome de Olmedo, y havia el mismo recogido en vn Hospital todos los Indios enfermos, y los curaba con mucha caridad.

8. Que sea este Hospital el mismo que oy illustra á esta Ciudad con el titulo de la IMMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA, y cuya sumaria descripción me ha de dar asunto para este escrito, es assercion del R.P.M. Fray Francisco de Pareja en el cap. 15 del lib. I. de su Historia de la Provincia de la Merced de la Nueva-España, que me comunicó M. S. y puede ser que assi sea, y que tuviese diverso sitio entonces del que oy ocupa. Pero en que aya sido el primero, estuviese donde estuviese no ay controversia.

9. No quiero valerme para probarlo de lo que Francisco de Cervantes Salazar primer Cathedratico de Rethorica en la Real Universidad de Mexico imprimio el año de 1554. en sus elegantissimos Dialogos; pues



aunque en el que intituló MEXICUS INTERIOR dize en el fol. 267. hablando de la calle, que oy se nombra del Relox. Hae altera non minori amplitudine, nec minui longa, quae per forum iuxta Academiam, A Marchionis domum, transmissso ponte fornicato, multo vterius quam sit Hospitale Marchionis Virgini Matri dicatum differtur, &c. ya havia dicho en el fol. 266. ALFARUS. Quo respi- cil haec via tam spaciosa, & quae ad aedibus Marchio- nis domibus caret, & in fine platea fit ZUASUS. Ad Hos- pitale affectorum morbo gallico, aedificium quidem, si artem species, non contemnendum: y como quiera que de ello solo se colige, que el año de 1554, havia en Mexico el Hospital del Marques del Valle, y el del Amor de Dios, no infiriendose de su dicho qual de ellos sea el primero, no es á proposito su noticia para probar mi intento.



PIEDAD HEROYCA DE Don Fernando Cortes Marques del Valle, &c.

Es el Hospital de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora, del Patronato del Marques del Valle, el mas antiguo de Mexico.

CAPITULO I.

(1)

BLIGANME OCUPACIONES
continuas reducir á compendio en
lo que quiero escribir quanto antes
me ocupaba en la idea mucho papel:
Y assi era fuerza que fuese, siendo de
magnitud primera el asunto de ello; y no pudiera
ser sino assi, quando es su objeto manifestarle al
mundo, reducidas á perfeccion, piadosas disposi-
cio.

A

cio.

DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE MEXICO

Estaba la ciudad de México situada, como ya hemos insinuado antes, en una isleta del lago salobre, cinco leguas al poniente de Texcoco y poco más de una legua al oriente de la de Tlacopan. Comunicábase con la tierra firme por tres grandes calzadas fabricadas sobre el mismo lago: la de Iztapalapa, al sur, de dos leguas y media, la de Tlacopan al poniente y la de Tepeyacac al norte, una y otra de una legua¹ y las tres de tanta amplitud que podían ir por ella diez hombres a caballo; además de otra calzadilla estrecha que servía a los dos acueductos de Chapultepec, de cuya agua se proveía la ciudad. El ámbito de la población era de tres leguas, sin comprender los arrabales, y el número de sus casas era de más de 60,000².

Dividíase en cuatro cuarteles y cada cuartel en muchos barrios cuyos nombres mexicanos en gran parte se conservan hasta hoy entre los indios. Las líneas divisorias de los cuarteles eran las cuatro grandes calles correspondientes a las cuatro puertas del Templo Mayor. El primer cuartel, llamado Teopan (hoy San Pablo) estaba comprendido entre las dos calles que correspondían a las puertas oriental y meridional; el segundo, nombrado Moyotla (hoy San Juan) entre las calles correspondientes a las puertas meridional y occidental; el tercero, Tlaquechihuacan (hoy Santa María) entre las calles correspondientes a las puertas occidental y septentrional, y el cuarto Atzacualco (hoy San Sebastián) entre las calles correspondientes a las puertas septentrional y oriental. A estas cuatro partes, en que se dividió desde su fundación la ciudad, se añadió como quinta parte la ciudad de Tlatelolco, situada al noroeste de México, unida a ésta desde la conquista del rey Axayacatl.

Eran tantos los canales de la ciudad que a cualquier barrio se podía ir por agua; lo cual contribuía a la hermosura de la población, al más fácil transporte de los víveres y demás cosas necesarias a la vida, y a la defensa de los ciudadanos. Las calles principales eran anchas y rectas; de las demás unas eran meros canales, otras eran de tierra sola y otras tenían un estrecho

canal en medio de dos terraplenes, que o servían a la comodidad de los viandantes y al descargue de las canoas, o sustentaban árboles frondosos y flores. En todos los canales había puentes bastante elevados para permitir el paso de las canoas, y en los canales mayores tenían diques y compuertas para disminuir el agua cuando les parecía.

Por lo que mira a los edificios, además de los muchos templos y magníficos palacios reales de que hablamos ya en otros lugares, había muchos otros palacios y casas grandes que habían edificado los señores feudatarios de la corona por la obligación que tenían de residir en la corte una parte del año. Todas las casas eran de terrados, a excepción de las de los pobres que estaban cubiertas de heno o de pencas de maguey, y en los terrados tenían parapetos para su defensa, en caso de ser asaltada de enemigos la ciudad. Algunos de estos palacios tenían también sus torreones, aunque no tan elevados como los de los templos: de suerte que no menos en las casas y canales que en los templos, habían proveído a su seguridad los mexicanos.

Además de la grande y famosa plaza de Tlatelolco, donde se hacía el principal mercado, había otras repartidas por la ciudad, en las cuales se vendían los comestibles ordinarios. Había también en varias partes de la ciudad fuentes y estanques, especialmente en el recinto de los templos, y muchos jardines, unos plantados a la haz de la tierra y otros en altos terrados. Los muchos y grandes edificios curiosamente encalados y bruñidos, las altas torres repartidas por los cuarteles de la ciudad, el agua de los canales, las arboledas y los jardines, formaban un conjunto de tanta hermosura, que los españoles no se hastiaban de contemplarlo, especialmente cuando lo observaron desde la altura del Templo Mayor que dominaba la ciudad, las lagunas y las bellas y grandes poblaciones que había en ellas y en sus contornos.

No menos tuvieron que admirar la magnificencia de los palacios reales y la muchedumbre de plantas y animales que en ellos se criaban. Pero sobre todo les sorprendió la vista de la gran plaza del mercado. No



HUMBOLDT

hubo entre los españoles quien no la celebrase con los mayores encarecimientos, y algunos, que habían corrido toda Europa y visto sus principales ciudades, protestaban, según testifica Bernal Díaz, no haber visto en plaza alguna del mundo tan excesivo concurso de comerciantes, ni tan gran variedad de mercancías, ni tan bello orden y disposición en todo.

En medio de las varias comparaciones, cuyos resultados pueden ser menos favorables para la capital de México, debo confesar que esta ciudad ha dejado en mí una cierta idea de grandeza, que atribuyo principalmente al carácter de grandiosidad que le dan su situación y la naturaleza de sus alrededores.

Ciertamente no puede darse espectáculo más rico y variado que el que presenta el valle, cuando en una hermosa mañana de verano, estando el cielo claro y con aquel azul turquí propio del aire seco y enrarecido de las altas montañas, se asoma uno por cualquiera de las torres de la catedral de México, o por lo alto de la colina de Chapultepec. Todo alrededor de esta colina está cubierto de la más frondosa vegetación. Antiguos troncos de ahuehuetes, de más de 15 ó 16 metros de circunferencia, levantan sus copas sin hojas por encima de las de los *schinus*, que en su porte o traza se parecen a los sauces llorones del Oriente. Desde el fondo de esta soledad, esto es, desde la punta de la roca porfídica de Chapultepec, domina la vista una extensa llanura y campos muy bien cultivados que corren hasta el pie de montañas colosales, cubiertas de nieves perpetuas. La ciudad se presenta al espectador bañada por las aguas del lago de Texcoco, que rodeado de pueblos y lugarcillos, le recuerda los más hermosos lagos de las montañas de la Suiza. Por todas partes conducen a la capital grandes calles de olmos y álamos blancos: dos acueductos, construidos sobre elevados arcos, atraviesan la llanura y presentan una perspectiva tan agradable como embelesadora. Al Norte se descubre el magnífico santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, construido en la falda de las montañas de Tepeyac, entre unas quebradas a cuyo abrigo se crían algunas datileras y yucas arbóreas. Al Sur, todo el terreno entre San Angel, Tacubaya y San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), parece un inmenso jardín de naranjos, duraznos, manzanos, guindos y otros árboles frutales de Europa. Este hermoso cultivo forma contraste con el aspecto silvestre de las montañas peladas que cierran el valle, y entre las cuales se distinguen los famosos volcanes de La Puebla, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. El primero forma un cono enorme, cuyo cráter siempre en-

Tomado de: *Historia Antigua de México*. Tomo III. Porrúa.

¹ El Dr. Robertson pone, en lugar de la calzada de Tepeyac, la de Texcoco, que en la descripción de México sitúa al nordeste y donde habla de los puestos en que formaron sus reales los españoles. En el sitio de aquella capital la pone al oriente, habiendo antes dicho que hacia el oriente no había calzada alguna en el lago; pero ya dijimos en otro lugar que de México a Texcoco no había ni podía haber calzada por la mucha profundidad del lago; y en caso de haberla no hubiera sido de una legua, como asienta nuestro autor, sino de cinco, o sea la anchura del lago por aquella parte.

² Torquemada afirma que la población de México era de 120,000 casas; pero el Conquistador Anónimo, Gómara, Herrera y otros historiadores convienen en 60,000 casas, no 60,000 habitantes, como dice Robertson; pues no hubo escritor antiguo que la creyese tan pequeña. Es verdad que en la traducción italiana de la relación del Conquistador Anónimo se lee *sesenta mila abitanti*; pero fue yerro del traductor por mala inteligencia de la palabra *vecinos*, que creyó significar habitantes en vez de hogares o familias. De no ser así, deberíamos decir que Cholula era mucho mayor que México e Iztapalapa igual. Pero en las 60,000 casas no se comprendían las de los arrabales. Afirma Bernal Díaz y otros historiadores que por la parte del poniente se continuaban las casas, a uno y otro lado de la calzada, hasta la tierra firme por espacio a lo menos de dos millas. Al sudeste tenía la capital el arrabal de Aztacalco, al medio díía los de Acatlán, Malcuitlapilbac, Xocotitlán, Coltonco y otros. Es de creer que Torquemada comprendiese en su cómputo los arrabales; pero aun así parece excesivo el número de 120,000 casas.

cendido y arrojando humo y cenizas, rompe en medio de las nieves eternas.

La ciudad de México es también muy notable por su buena policía urbana. Las más de las calles tienen andenes muy anchos; están limpias y muy bien iluminadas con reverberos de mechas chatas en figura de cintas. Estos beneficios se deben a la actividad del conde de Revillagigedo, el cual a su llegada al virreinato, encontró aquella capital en un extremo desaseo.

En el suelo de México se encuentra el agua por todas partes a muy corta profundidad; pero es salobre como la del lago de Texcoco. Los dos acueductos que conducen a la ciudad el agua dulce, son monumentos de construcción moderna muy dignos de la atención de los viajeros. Los manantiales de agua potable están al este de la ciudad, uno en el montecillo escueto de Chapultepec y el otro en el cerro de Santa Fe, cerca de la cordillera que separa el valle de Tenochtitlán del de Lerma y de Toluca. Los arcos del acueducto de Chapultepec ocupan un espacio de más de 3,300 metros. El agua de Chapultepec entra por la parte meridional de la ciudad, en el Salto del Agua: no es muy pura y sólo se bebe en los arrabales. El agua menos cargada de carbonato de cal es la del acueducto de Santa Fe, que sigue a lo largo de la Alameda y viene a parar a la Tlaxpana, en el puente de la Mariscal. Este acueducto tiene cerca de 10,200 metros de largo; pero el declive del terreno no ha permitido la conducción del agua por arcos sino en un tercio de este. La antigua ciudad de Tenochtitlán tenía acueductos no menos dignos de atención; pero al principio del sitio, los capitanes Alvarado y Olid destruyeron el de Chapultepec. Cortés habla también, en su primera carta a Carlos V, de la fuente de Amilco, cerca de Churubusco, cuyas aguas fueron conducidas a la ciudad por caños de barro cocido. Esta fuente está inmediata a la de Santa Fe. Aún se conocen los restos de este gran acueducto, que tenía dos cañerías a fin de que el agua pasase por la una de ellas, mientras se limpiaba la otra. Esta agua se vendía en canoas que atravesaban las calles de Tenochtitlán. Las fuentes de San Agustín de las Cuevas

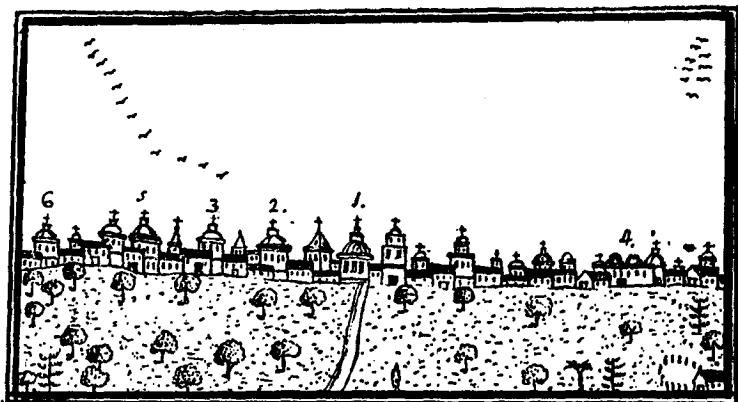
son las más cristalinas y puras; en el camino que conduce de este hermoso pueblo a México, me ha parecido observar también vestigios de un antiguo acueducto.

Más arriba hemos nombrado las tres calzadas principales que unían la ciudad a la Tierra Firme. Parte de estas calzadas ha resistido al tiempo y aun se ha aumentado su número. En el día son grandes calzadas, empedradas, que atraviesan terrenos pantanosos, y que, con motivo de su mucha elevación, reúnen las dos ventajas de servir de camino para los carrajes y de contener las aguas que rebosan de los lagos. La calzada de Ixtapalapa está fundada sobre la misma ya antigua, en que **Cortés hizo prodigios de valor en sus encuentros con los sitiados**. La calzada de San Antonio se distingue todavía en nuestros días por el gran número de puentecillos que los españoles y los tlaxcaltecas encontraron, cuando Sandoval, camarada de Cortés, fue herido cerca de Coyoacán. Las calzadas de San Antonio Abad, de la Piedad, de San Cristóbal y de Guadalupe (llamado antiguamente de Tepeyacac), fueron construidas de nuevo después de la gran inundación del año de 1604, bajo el virreinato de don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros. Los padres Torquemada y Gerónimo de Zárate, únicos sabios de aquel tiempo, nivelaron y alinearon las calzadas. En la misma época se empedró la ciudad de México por la primera vez; pues antes del conde de Revillagigedo, no hubo virrey que se dedicase con mejor éxito a la policía urbana que el marqués de Montesclaros.

Los objetos que más comúnmente llaman la atención del viajero son:

10. La **Catedral**, una pequeña parte de la cual es del estilo llamado vulgarmente gótic: el edificio principal tiene dos torres adornadas de pilastres y estatuas, es de un orden bastante bello y construcción muy moderna.

20. La **Casa de la Moneda**, contigua al palacio de los virreyes; edificio del cual, contando desde principios del siglo XVI, han salido más de mil y trescientos millones de pesos en oro y plata acuñados.



La Ciudad de México. Dibujo de Francisco de Ajofrín, 1763.

30. Los **Conventos**, entre los cuales se distingue principalmente el gran convento de San Francisco, que solamente de limosnas tiene una renta anual de cien mil pesos. Este vasto edificio debía haberse construido sobre las ruinas del tempo de Huitzilopochtli; pero habiéndose destinado estas mismas ruinas para los cimientos de la catedral, se empezó en 1531 el convento en donde hoy está. Debe su existencia a la gran actividad de un fraile lego, llamado Fr. **Pedro de Gante**, hombre extraordinario, que dicen era hijo natural del emperador Carlos V, y que vino a ser el bienhechor de los indios, siendo el primero que les enseñó las artes mecánicas más útiles de Europa.

40. El **Hospicio**, o por mejor decir, los dos hospicios reunidos, uno de los cuales mantiene 600, y otro 800 niños y ancianos. En este establecimiento reina bastante orden y limpieza, pero poca industria; y tiene 50,000 pesos de renta. Recientemente un comerciante rico le ha legado en su testamento, 1.200.000 pesos, de los cuales se apoderó la tesorería real con promesa de pagar por ellos un interés del cinco por ciento.

50. La **Acordada**, bello edificio, cuya cárcel es bastante espaciosa y bien ventilada. En esta casa y en las demás cárceles que dependen de La Acordada, se cuentan más de 1,200 presos, entre ellos un gran número de contrabandistas, y los infelices prisioneros indios mecos que son traídos a México desde las provincias internas y de que hemos hablado en los capítulos 6o y 7o.

60. La **Escuela de Minas**, así el nuevo edificio comenzado, como el antiguo establecimiento provisional con sus hermosas colecciones de física, de mecánica y mineralogía.

70. El **Jardín Botánico**, que está en uno de los patios del palacio del virrey, muy pequeño, pero en extremo rico en producciones vegetales raras o de mucho interés para la industria y el comercio.

80. Los edificios de la **Universidad** y de la **Biblioteca Pública**, la cual es poco digna de tan grande y antiguo establecimiento.

90. La **Academia de Bellas Artes** con su colección de yesos antiguos.

100. La estatua ecuestre de **Carlos IV** en la plaza mayor, y el monumento sepulcral que el duque de Monteleón ha dedicado al gran Cortés en una capilla del Hospital de los Naturales. Es un monumento sencillo, familiar, adornado de un busto de bronce que representa al héroe en su edad madura, hecho por Tolsá. ¡Es bien reparable que en toda la América desde Buenos Aires a Monterrey, desde la Trinidad y Puerto Rico a Panamá y Veraguas, en ninguna parte se halla un monumento nacional levantado por la gratitud pública a Cristóbal Colón ni a Hernán Cortés!

Los aficionados al estudio de la Historia y de las antigüedades americanas, no hallarán en el recinto de la capital aquellos grandes restos de edificios que se ven en el Perú, en los contornos de Cusco y de Guamachugo, en Pachacámac cerca de Lima, o en Mansiche cerca de Trujillo: en la provincia de Quito, en el Cañar y en el Cayo; en México cerca de Oaxaca y de Puebla. Parece que los únicos monumentos de los aztecas eran los teocallis, de cuya forma extraña hemos hablado ya antecedentemente. Pero no sólo el fanatismo cristiano tenía un grande interés en destruirlos, sino que también era necesario hacerlo así por la seguridad del vencedor. Esta destrucción se verificó en parte durante el sitio mismo, porque aquellas pirámides truncadas construidas por hiladas o pisos servían de refugio a los combatientes, como sirvió el templo de Baal Berith a los pueblos de Canaán: eran otros tantos castillos de donde era indispensable desalojar al enemigo.

Por lo que hace a las casas de los particulares que los historiadores españoles nos pintan como muy bajas, no puede sorprendernos el no hallar sino algunos cimientos o paredones poco altos, como los que se descubren en el barrio de Tlaltelolco y hacia el canal de Ixtacalco. Aun en la mayor parte de nuestras ciudades de Europa, es bien pequeño el número de casas que existen de las construidas a principios del siglo XVI. Sin embargo, los edificios de México no se han

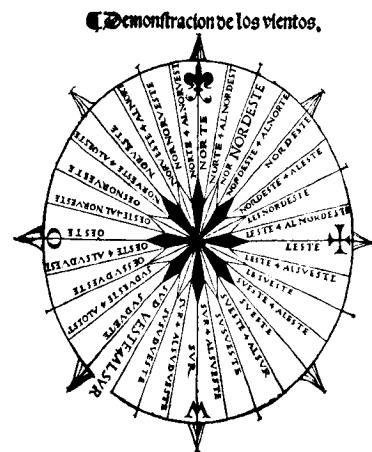
arruinado a fuerza de años. Los conquistadores españoles, animados del mismo espíritu de destrucción que los romanos manifestaron en Siracusa, Cartago y Grecia, no creían haber puesto fin al sitio de una ciudad mexicana hasta que habían arrasado todos sus edificios. El mismo Cortés, en su tercera carta a Carlos V da a entender el terrible sistema que siguió en sus operaciones militares. "Y yo viendo como estos de la ciudad estaban tan rebeldes, y con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo, no sabía que medio tener con ellos, para quitarnos a nosotros de tantos peligros, y trabajos, y a ellos y a su ciudad no los acabar de destruir, porque era la mas hermosa cosa del mundo, y no nos aprovechaba decirles que no habíamos de lebantar los reales, ni los bergantines habían de cesar de les dar guerra por agua, ni que habíamos destruido a los de Matalacingo, y Marinalco, y que no tenía en toda la tierra quien los pudiese socorrer, ni tenían de donde haber maíz, ni carne, ni fruta, ni agua, ni otra cosa de mantenimiento. E cuando mas de estas cosas les decíamos menos muestras veíamos en ellos de flaqueza: mas antes en el pelear, y en todos sus ardides, los hallabamos con más ánimo que nunca. E yo viendo que el negocio pasaba de esta manera, y que había ya más de 45 días que estabamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder mas estrechar a los enemigos; y fué como fuesemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas de ellas del un lado y del otro; por manera, que no fuésemos un paso adelante, sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua hacerlo tierra firme, aunque hubiese toda la dilación, que se pudiese seguir. E para esto yo llamé á todos los señores, y principales amigos nuestros, y dijeles lo que tenía acordado: por tanto, que hiciesen venir mucha gente de sus labradores, y trujesen sus coas, que son unos palos, de que se aprovechan tanto como los cavadores en España de azada, y ellos me respondieron que así lo harían y de muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo; y holgaron mucho con esto, porque los pareció que era manera, para que la ciudad se asolase: lo cual todos ellos deseaban mas que cosa del mundo.

"Entretanto que esto se concertaba se pasaron tres o cuatro días; los de la ciudad bien pensaban que ordenabamos algunos ardides contra ellos, etc."

Cuando se lee esta sincera relación que el general en jefe hace a su soberano, no puede sorprender el no hallar hoy apenas vestigio de los antiguos edificios mexicanos. Cortés cuenta que los indígenas, para vengarse de las vejaciones que habían experimentado bajo los reyes aztecas, acudieron en gran número y desde provincias bien remotas, luego que supieron que se trataba de destruir la capital. Los escombros de las casas demolidas sirvieron para cegar los canales y poner en seco las calles, para que pudiese maniobrar la caballería española. Las casas, bajas como las de Pekín, en China, eran parte de madera y parte de tett-zontli, piedra esponjosa, ligera y quebradiza. Cortés dice: "y como ya nuestros amigos veían la buena orden que llevabamos para la destrucción de la ciudad era tanta la multitud que cada día venían, que no tenían cuenta. E aquel dia acabamos de ganar toda la calle de Tacuba, y de adobar los malos pasos de ella... y quemamos las casas del señor de la ciudad que era mancebo de edad de 18 años, que se decía Guautimucin... Los de la ciudad como veian tanto estrago, por esforzarse decían á nuestros amigos (los Tlaxcaltecas) que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se las harían tornar á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabían que había de ser así, y si no, que las habían de hacer para nosotros: y de esto postrero plugo a Dios, que salieron verdaderos, aunque ellos son los que las tornan á hacer".

Tomado de: *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España.*

LA MARQUESA CALDERON DE LA BARCA



Nos detuvimos a comer en Río Frío, lugar situado a unas trece leguas de México, donde hay una posada bastante buena, en un valle rodeado de bosques.—La posada era propiedad de una bordelesa y de su marido, que suspiraban por Burdeos, al menos treinta veces al día.—En frente de la casa, algunos indios jugaban un curioso y antiquísimo juego, especie de columpio, llamado "de los voladORES" y muy en boga entre los antiguos mexicanos.—Nuestra huéspeda francesa nos dio muy bien de comer, sobre todo unas excelentes patatas y jalea de varias clases, y durante toda la comida deleitó nuestros oídos con historias de ladrones, de robos y de hórridos asesinatos.—Al salir de Río Frío el camino se hizo más escarpado y boscoso y no tardamos en penetrar al trozo conocido con el nombre de la Selva Negra, gran guarida de bandidos y bello ejemplar de un panorama bosqueril, por su gran cantidad de cedros, pinos y fresnos altaneros, y por sus flores silvestres que ponen alegre nota en su sombrío color verde. Pero debo confesar que la impaciencia que experimentaba por ver México, la idea de que dentro de pocas horas estaría allí efectivamente, me impidieron gozar como debiera de la belleza de este espectáculo y fueron parte a que el camino se me antojase interminable.

Por fin llegamos a las alturas desde las cuales se contempla el extenso valle, célebre en todo el mundo, rodeado de montañas eternas, entre las cuales se destacan los volcanes coronados de nieve, esmaltados de largas y de fértiles llanuras que rodean la ciudad favorita de Moctezuma, trofeo el más preciado del conquistador y la más brillante de las muchas joyas de la diádema española. Pero, por desgracia, se había nublado el cielo, fuera de que no es éste el camino más favorable para llegar a México. Los innumerables campanarios de la distante ciudad se advertían apenas. Los volcanes estaban envueltos en nubes, excepto las nevadas cúspides, que se dirían marmóreas cúpulas erguidas en el espacio.—Pero al mismo tiempo que nos desojábamos contemplando el valle, yo le veía, espiritualmente, más bien como cosa del pasado, que no como manifestación de un presente vivo y palpitante. Difusamente

que el telón del tiempo se alzaba, para dejarme disfrutar del panorama insigne que se ofrecía a los ojos de Cortés, cuando lo vio por la vez primera: así ha de haberlo mirado el conquistador amante de su Rey y temeroso de su Dios, cuya lealtad monárquica y cuyo entusiasmo religioso por tal manera se entremezclaban, a la usanza de la antigua España, que habría sido difícil decidir cuál de los dos sentimientos le dominaban con mayor fuerza.

La ciudad de Tenochtitlán, que en medio de los cinco grandes lagos se extendía, a manera de una occidental Venecia, sobre islas verdequeantes y cubiertas de flores, con millares de botes que raudamente se deslizaban a lo largo de sus calles, sus largas hileras de casas bajas, cuya monotonía rompía la multitud de templos piramidales, los teocallis o casas de Dios; los lagos, como espejos, cubiertos de canoas; los árboles atrevidos, las flores y la profusión de agua que ahora no se advierte en el paisaje; todo, en suma, el fértil valle encerrado entre sus eternas montañas y sus volcanes siempre coronados de nieve... ¡Cuánta belleza maravillosa, qué escenas sorprendentes, las que vieron los ojos de aquellos hombres errabundos!

Y luego... los bellos jardines que rodeaban la ciudad, la profusión de flores, frutas y pájaros; el monarca de color suavemente bronzeado, que avanzaba en persona rodeado de la nobleza india, los pies descalzos y el traje lujoso, dispuesto a recibir al nuevo huésped, ni esperado ni deseado; los esclavos, y, el oro y las plumas y todo lo demás, que había de ser puesto a los pies de su "Sacra Real Majestad"... ¡qué de cuadros se evocan, con sólo recordar las sencillas narraciones de Hernán Cortés; y con cuál fuerza se presentan a la mente ahora, cuando, pasados trescientos años, contemplamos por la primera vez la ciudad de los palacios, construida sobre las ruinas de la capital indígena! Apenas nos parecía posible que estuviésemos ya tan próximos a la conclusión de nuestro viaje,

y entregados á la contemplación de escenas para nosotros tan nuevas, siendo así que hacía sólo dos meses menos dos días que nos embarcáramos en Nueva York, a bordo del "Norma".—¡Cuánta agua y cuánta tierra hemos corrido desde entonces! ¡Cuánta variedad de climas, aun sin hablar más que de los cambios experimentados durante los últimos cuatro días!

No habían corrido todavía cuatro años desde la destrucción de México, y ya se levantaba de entre sus ruinas una nueva ciudad, si bien inferior en extensión a la antigua capital, mucho más excelente en magnificencia y en poder. Ocupaba el mismo idéntico lugar que su antecesora, tanto que la **plaza mayor** era el sitio sobre el cual se levantaban el vasto **teocalli** y el palacio de Moctezuma, partiendo de este punto central, las principales calles, lo mismo que antes, las cuales atravesando toda la longitud de la ciudad, iban a terminar en las principales calzadas. Pero en cuanto al género de arquitectura, se ejecutaron grandes alteraciones. Enancháronse las calles; se cerraron varias acequias y se construyeron los edificios bajo un plan más acomodado al gusto europeo y a las necesidades de la población de Europa.

Una suntuosa catedral dedicada a San Francisco se levantó en el mismo lugar que ocupaba el templo del dios azteca de la guerra; y como para que fuese más cumplido el triunfo de la Cruz, las imágenes despedazadas de los dioses aztecas, fueron las que sirvieron de cimiento. En el ángulo de la plaza, en el terreno que antes cubría la Casa de las Aves, se alzó un convento de franciscanos, magnífico edificio, erigido pocos años después de la conquista por un lego, Pedro de Gante, hijo natural, según decían, de Carlos V. Enfrente de la misma plaza, Cortés mandó construir su propio palacio, que fue de piedra labrada, y se dice que en lo interior de él se colocaron siete mil vigas de cedro. El gobierno compró después este palacio para residencia de los vireyes; y los duques de Monteleone, descendientes del conquistador, erigieron uno nuevo en otra parte de la **plaza** y por una fatal coincidencia, en el mismo lugar donde estaba el palacio de Moctezuma.

Las casas construidas por los españoles eran de piedra, y reunían a la elegancia, la solidez y la fuerza que las hacían capaces de defensa, como si fuesen otras tantas fortalezas. Las habitaciones indias eran en su mayor parte de inferior calidad. Fundáronse éstas en el antiguo distrito de Tlatelolco, donde la nación hizo su última resistencia por la libertad, y se erigió



asimismo en este barrio una espaciosa catedral. Otras treinta iglesias inferiores, atestiguan el cuidado de los españoles por la felicidad espiritual de los naturales. El buen padre Olmedo gastó la tarde de su vida velando sobre su rebaño indio y cuidando de los hospitales, con que la nueva capital en breve se vio dotada.

Para mayor seguridad de los españoles, Cortés mandó levantar una fuerte ciudadela en un lugar conocido desde entonces por el **Matadero**. En ella había un arsenal; y los bergantines que sirvieron para el sitio de México se conservaron allí por largo tiempo, como memoria de la conquista. Al concluirse la fortaleza, merced a los malos oficios de Fonseca, se encontró sin artillería y sin municiones para su defensa. Suplióse aquella falta fundiéndose los cañones en la fundición que formó de cobre, que era muy común en el país y de estaño que sin gran dificultad se sacó de las minas de Tasco. Por estos medios, sacando también artillería de los barcos, consiguió artillar las murallas con setenta piezas. Balas podían hacerse fácilmente de piedra, que eran muy usadas en aquella época; pero para la elaboración de la pólvora, aunque había nitró en abundancia, se vio obligado a buscar el azufre por medio de una peligrosa expedición en el interior de las entrañas del gran **volcán**. Tales fueron los recursos de que se valió Cortés, los cuales proveyeron a todas sus necesidades y le hicieron triunfar de todos los obstáculos que la malicia de sus enemigos había levantado para impedir sus progresos.

El general cuidó inmediatamente de procurar que fuese poblada la capital. Excitó al efecto a los españoles con el aliciente de tierras y casas que les concedió, y a los indios con el de permitirles con liberal política vivir como antes, bajo sus propios jefes, gozando varias inmunidades. Con tal estímulo, la parte española de la ciudad cercana a la plaza mayor, en pocos años se gloría de contener dos mil familias, mientras que en el distrito indio de Tlatelolco, había más de treinta mil. Volvieron a ocuparse todos de sus oficios y nego-

cios y a verse las acequias cubiertas nuevamente de canoas. Dos amplios mercados en los respectivos cuartelos de la capital, ostentaban todos los variados productos y artefactos de la comarca; y la ciudad presentaba un numeroso enjambre de gentes industriosas y ocupadas, mezclándose indistintamente en pacífica y pintoresca confusión, blancos e indios, conquistadores y conquistados. Veinte años después de la conquista, un misionero que visitó el país, tuvo el arrojo o la credulidad de asegurar que "Europa no podría ostentar una sola ciudad tan hermosa y tan opulenta como México".

La situación de esta capital hoy día, parece diferente de la que levantaron los conquistadores, porque ya las aguas no corren por entre sus calles, ni circundan la ancha circunferencia de sus murallas. Las aguas se han retirado al reducido lago de Tetzco, y las calzadas que antiguamente atravesaban por sobre la honda laguna, no se distinguen ya de las demás entradas de la capital; pero la ciudad, si bien sucesivamente hermosada por los trabajos de los virreyes, sustancialmente permanece como en los días de los conquistadores; y la sólida grandeza de los pocos edificios que aún existen de aquella época primitiva, la magnificencia y la simetría de su plan, dan testimonio de la política previsora de su fundador, que dirigió sus miras más allá de su época a las necesidades de las generaciones venideras.

Tomado de: *Historia de la Conquista de México*. Libro VII, cap. II.

En todos los acontecimientos humanos la dirección que se les da contribuye muy poderosamente á su éxito, pero en lo general se cuenta siempre con medios de ejecución adecuados al objeto. En la conquista de Méjico todo es obra de Cortés: la dirección y los medios, el plan y la ejecución, el intento y la obra. Sin mas autoridad que la que le confirió el ayuntamiento de Veracruz que él mismo había creado; obrando en nombre de un soberano que ni aun siquiera sabía la existencia de un vasallo que tan inmensos servicios le prestaba; no solo sin esperar auxilios, sino temiendo las medidas que contra él tomasesen las autoridades españolas inmediatas, emprendió derrocar un imperio establecido y consolidado por muchos años de victorias, temido y respetado por todas las naciones circunvecinas. Por su trato afable, por su familiaridad con el soldado; por el ejemplo que daba de ser el primero en las fatigas, el primero en los peligros, se concilió el respeto y la obediencia de una reunión de voluntarios que todos se creían con los mismos derechos y tenían iguales pretensiones, las que hacían valer siempre que les parecía que la autoridad que permitían se ejerciese sobre ellos, excedía de los límites que le habían impuesto. "Todos éramos hijosdalgo", dice con orgullo Bernal Díaz, y nos ilustramos mucho mas que de ántes con heróicos hechos y grandes hazañas que en la guerra hicimos, peleando de dia y de noche, estando tan apartados de Castilla, ni tener otro socorro ninguno, salvo el de nuestro Señor Jesucristo que es el socorro y ayuda verdadera". "Las mugeres en Castilla paren soldados", le dijo una vez Cortés á uno de los suyos que se desmandaba, haciéndole entender que no le faltarian los que necesitase: "también paren, le contestó este con audacia, capitanes y gobernadores". Pero estos mismos hombres á quienes era menester convencer para poderles mandar, la seguían con resolución en las mas atrevidas empresas, y sacrificaban su propia vida por salvar la de su capitán, como lo hizo Cristóbal de Olea, cuando desbaratada la columna que Cortés conducía por la calzada de Tacuba en el sitio de la capital, los mexicanos vencedores le tenían cogido, herido en una pierna y le llevaban prisionero á

una muerte segura, de que Olea le libró con la suya. Orgullosos con llamarse los soldados de Cortés, este nombre los inflamaba y les parecía superior á todo título y á todas las distinciones que ha inventado la ambición para cubrir la mediocridad. **Cincuenta años después de la conquista, Bernal Díaz, no obstante sus continuas quejas contra Cortés por haberse aplicado toda la gloria de sus soldados y no haberlos premiado como merecian**, cuando el entusiasmo que inspiran los sucesos recientes debía estar tan entibiado con el transcurso de tanto tiempo, queriendo dar razon del motivo porque en su historia no escribe, "D. Hernando Cortés, ni otros títulos de Marques, ni capitán, salvo Cortés á boca llena" dice: "La causa de ello es porque él mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés, porque este nombre era tan tenido y estimado en toda Castilla, como en tiempo de los romanos solían tener á Julio César ó á Pompeyo, y en nuestros tiempos teníamos á Gonzalo Hernandez, por sobrenombre el Gran Capitán".

Tomado de: *Disertaciones. Tomo II.* pág. 14.